



EL BUEN ESPAÑOL

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

ANTONIO DOMINGUEZ



Requiere de...

Número extraordinario

15 Cents.

Aceites y grasas
:- lubricantes :-

Insuperable

para
el engrase
de
los autos



OLEO-MOTOR

Correas
de
transmisión
y algodones
para
máquinas

SUCESORES DE E. STEINFELDT
Calle del Prado, núm. 15.—Teléfono 984.—MADRID



ALMORRANAS

internas ó externas, grietas, etc. etc.
 recientes ó crónicas. Absolutamente
 segura la curación con = **POMADA ANEMA = SMITH =**
 Último adelanto de la ciencia médica // Millares de curaciones //
 Basta un solo tubo. No lo dude usted. Cinco Pesetas caja
 Pida muestras gratis para convencimiento resultado.
MADRID, Gayoso = BARCELONA, Segalá = ZARAGOZA, Jordán =
VALENCIA, Cuesta = MURCIA, Selquer y principales farmacias.
 Remítase mandando cinco Pesetas al Representante Pousarri
 Marqués Duera, 84-Apartado 481 Barcelona

“ Z E A ”

PURGANTE

eficaz, agradable, inofensi-
 vo. El mejor para los niños

25 céntimos

SELLO

cura rápidamente dolores de
 cabeza, muelas, oídos, etc.
 corrige y evita los dolores
 del período.

30 céntimos

De venta en Centros de Especificos, Farmacias y Droguerías de toda España.
 Especialidades “ZEA” Pontmay, 15, Barcelona.

Ayuntamiento de Madrid

DIRECTOR: AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

EL BUEN ESPAÑOL

ACTO PRIMERO

Despacho de abogado. Al foro gran puerta vidriera lo separa de otro despacho para el escribiente. Otra puerta a la izquierda, primer término, y dos a la derecha.

ESCENA PRIMERA

DOÑA PATRO (*Leyendo periódicos.*)

Aquí... (*Lee.*) "Defensor: ¿Es cierto que ya había usted visto a los seis niños de Gutiérrez, a pesar de lo cual se contento usted con matar a los tres mayores? Acusado: Ciertísimo; pude matarlos a todos, pero... ¡me acordé de los míos!" (*Continúa hojeando los periódicos.*) ¡Su retrato! ¡Vaya un hombre que se lleva la señorita Adoración! (*Lee.*) "El señor Alvarez Mas (*Suena un timbre*) nos hace soñar en glorias para el foro español, hoy tan necesitado de renovar laureles. (*Vuelve a sonar el timbre.*) Su verbo fácil, su clara inteligencia, la fogosidad de su comunicativa convicción..." (*Suena nuevamente el timbre.*)

ESCENA II

DOÑA PATRO, FERMÍN, NEMESIA. según se indique.

DOÑA PATRO.—¿Pero, esta chica, por qué no sale a abrir? (*Preséntase izquierda Fermín, de viaje.*) ¡Fermín, señorito Fermín!...

FERMÍN.—¡Señora Patro!...

DOÑA PATRO (*A Nemesia, que entra de*

trás de Fermín por la izquierda.)—Vamos, muchacha. Pero ¿qué haces? Parece que estás boba... Cógale las maletas. (*Nemesia se lleva el equipaje de Fermín por la primera derecha, y vuelve.*) ¿Y mamá y los hermanitos, buenos, eh?

FERMÍN.—Bien todos.

DOÑA PATRO.—No habrá usted desayunado.

FERMÍN.—No.

DOÑA PATRO.—¿Café..., un tazón, con tostada? (*Signos afirmativos de Fermín. A Nemesia.*) Anda, baja por la manteca, que esté fresca... A la tienda, no; a la mantecería. (*Mutis Nemesia izquierda.*) Llamaré al señor.

FERMÍN.—No, déjele usted.

DOÑA PATRO.—¿Por qué no ha avisado usted, que hubiera bajado a la estación?

FERMÍN.—¿Por la mañana?... ¡Qué crueldad! No quisiera incomodarle sino lo estrictamente necesario.

DOÑA PATRO.—¡A su hermano!

FERMÍN.—¡Pues, por eso! ¿A quien más quiere uno es precisamente a quien ha de molestar más?

DOÑA PATRO.—¿Y esas máquinas que había usted llevado para el campo?...

FERMÍN.—A eso vengo, a hablar con el jefe de la casa alemana.

DOÑA PATRO.—Dan buen resultado, ¿eh?

FERMÍN.—Vamos marchando... Ahora, con el Banco Agrícola, a fuerza de trabajar...

DOÑA PATRO. — Usted siempre sobre el yunque...

FERMÍN. — Siempre sobre el yunque, señora Patro.

DOÑA PATRO. — Pase usted, pase usted, señorito Fermín. (*Mutis ambos primera derecha.*)

ESCENA III

TEODORO. *Al principio, NEMESIA. Después, DOÑA PATRO*

NEMESIA (*Sale por la izquierda dirigiéndose a la primera derecha; pero suena el timbre y al oírlo retrocede hasta desaparecer por la izquierda, saliendo al momento seguida de Teodoro.*) — Ya voy, ya voy; ni me dejan llevar esto.

TEODORO (*Contemplando cerrada la puerta segunda derecha.*) — ¿En la cama, eh?

NEMESIA. — ¡Claro!

TEODORO. — Indíquele usted a doña Patro que le llame, que va a ser la hora de consulta.

NEMESIA. — ¡Sí, la de todas las mañanas! (*Mutis primera derecha. Teodoro saca de una librería, cajón o repisa, unos manguitos de escribiente, arregla papeles y libros, y se dirige a la mesa del despacho posterior.*)

DOÑA PATRO (*Por la primera derecha.*) — ¿Qué dice usted, que yo le llame?

TEODORO. — Sí, señora.

DOÑA PATRO. — Pues, no, señor; llámeme usted, que es más natural que a un caballero entre a despertarle otro.

TEODORO. — ¡Dale! Pero, ¿no es a usted a quien le deja encargado por las noches?...

DOÑA PATRO. — Sí; pero, ¿cualquiera le cumple el encargo por las mañanas!

TEODORO. — Al pronto, sí le da coraje; pero, luego lo agradece...

DOÑA PATRO. — Pues, ande usted, y le dice que está aquí su hermano.

TEODORO. — Usted, usted...

DOÑA PATRO. — No, usted...

TEODORO (*Viendo moverse la puerta segunda derecha.*) — ¡Eh!... Se abre la puerta... ¿Es posible?

DOÑA PATRO. — ¡Sin llamarle!

ESCENA IV

DOÑA PATRO, JUAN, *por la segunda derecha.*
TEODORO.

JUAN. — Buenos días, Teodoro, señora Patro.

DOÑA PATRO. — Muy buenos, don Juan. Ahí está el señorito Fermín.

JUAN. — ¡Ah!, mi hermano; sin avisar... ¡Qué muchacho! Se creen que para mí es un arco de iglesia levantarme pronto. (*Mutis primera derecha.*)

TEODORO. — ¡Aterrador, indescrutable!

DOÑA PATRO. — ¡Algo pasa aquí!

TEODORO. — ¡Levantarse él sin entrar seis veces a llamarle; sin estar este recibimiento como la plataforma de un tranvía en día de lluvia, y la gente más desesperada que en la antesala de un dentista! ¿Qué es esto, señora Patro?

DOÑA PATRO. — ¡No sé, no sé; sí, ya sé lo que es!... La novia.

TEODORO. — ¿La novia?...

DOÑA PATRO. — Esto es que irá a venir hoy la señorita Adoración, con su padre, que ya don Juan me lo venía anunciando hace días; y hoy será el acontecimiento.

TEODORO. — ¡Sí, eh?

DOÑA PATRO. — ¡Pocas ganas que tendrá la muchacha de pasar los ojos por todo esto y por lo de adentro, observar y fisgar bien dónde vive su prometido, la casa, cómo están los muebles, las puertas, qué retratos hay..., un detalle cualquiera! Ustedes no saben lo que las mujeres descubrimos por una pequeñez que ustedes ni han visto.

TEODORO. — Sí, son ustedes muy listas.

DOÑA PATRO. — Será usted el primero que niegue lo reparonas que somos las mujeres.

TEODORO. — Sí; muy perspicaces, demasiado. ¡La mía!... Una vez que me salió ir en casa de una duquesa a escribir cartas, tuve que dejarlo, porque descubrió, según ella, que el empleo era un tapujo y que la duquesa me quería.

DOÑA PATRO. — Y ¿no era verdad?

TEODORO. — ¡Ojalá, Dios! ¡Por mí, por mí misma mujer y por nuestros hijos!...

ESCENA V

DOÑA PATRO, JUAN, FERMÍN, TEODORO

JUAN (*Por la primera derecha, con Fermín.*) — Y mamá, ¿dices que muy fuerte, eh?

FERMÍN. — Como nunca.

JUAN. — Pero, no me canso de mirarte y admirarte. ¡Traerás revueltas a todas las muchachas del pueblo! Sobre todo..., ya me entiendes, a las del Encinar, que se revuelven con agitarlas poco.

FERMÍN. — No, no creas que doy que hablar en el pueblo. ¡Estando la ciudad tan cerca!

JUAN. — Admirable filosofía, para un hombre de cuarenta y tantos...

DOÑA PATRO.—No, al señorito Fermín no se le critica en el pueblo, según noticias que tengo yo. Por formal, si acaso...

JUAN.—¿Lo ves? También por formal critican; pierdes el tiempo.

FERMÍN.—Pero vivo tranquilo.

JUAN.—Pero, señora Patro, ¿qué balumba de periódicos es ésta? Retire usted, retire usted en seguida todo eso.

DOÑA PATRO (*Obedeciendo*).—Son los que hablan de usted.

JUAN.—¡Ah!, del juicio de Aranjuez. Gracias por interesarse; pero deje usted esto limpio, impecable; y toda la casa, con especial esmero, que no haya detalle ingrato. Usted, Teodoro, esta mesa...

DOÑA PATRO.—Es verdad, ¡qué asco de polvo! (*Patro recoge los periódicos y se va por la izquierda. Teodoro limpia la mesa y coloca todo en orden.*)

FERMÍN (*Que ha hojeado uno de los periódicos*).—Oye, esto de Aranjuez parece que ha tomado vuelos; puede servirte...

JUAN.—Muchísimo. He trabajado... ¡No sabes!... El procesado es un tipo muy interesante, un impulsivo; ¡pobres enfermos!... Dejaría de ser hombre si consintiera impasible que castigasen a un desgraciado loco, un exaltado, como ése, que mata por necesidad, como una máquina que arrolla con un engranaje, que dispara el revólver con el mismo irresistible movimiento con que aparta la mano el que se siente quemado. He estudiado con ahínco, con fervor, he ido a los manicomios, he consultado cien autores, procesos archivados, ¡qué sé yo!... ¡Oh, pero me compensa la esperanza de salvarle! Pero, escucha, ¿te parece que esto presenta agradable aspecto? ¿No está mal, eh, este punto de vista; para una persona que entre, desde aquí?...

FERMÍN.—¿Esperas a alguien...?

JUAN.—A mi novia, que vendrá hoy, con su padre, a ver mi casa por primera vez.

FERMÍN.—¡Ah!; traigo para ella un recuerdo de nuestra madre, el aderezo de la abuela.

JUAN.—¡Pobre mamá! ¿Y ha consentido en separarse de él?

FERMÍN.—¡Ya ves!... Pero, como sabe lo enamorado que estás de Adoración... (*Sale Nemesis por la izquierda, entregando una carta a Juan, y desaparece por el mismo lado.*)

JUAN.—¿Enamorado?... ¡Es poco, Fermín! No puedo explicártelo, porque tú no has sentido de seguro nada que ni se le parezca en lo más remoto. Es decir, yo no soy ya un hombre; en mi corazón, en mí todo, no viven más que dos cosas: una mujer y

un bufete para ella. (*Después de leer la carta.*) ¡Hombre, qué fastidio!

FERMÍN.—¿Qué?

JUAN.—Un abogado y periodista que me anuncia vendrá a hablarme ahora, a las horas de consulta...

FERMÍN.—Entonces, menos mal; no te quita tiempo.

JUAN.—Es que vendrá a hablarme de cualquier cosa que no será del bufete, ¡claro!; y me quita o de entregarme a mis pleitos o de atender a Adoración. (*Oyendo la voz de Adoración.*) ¡Es ella! Voy yo mismo a recibirla.

FERMÍN.—Y yo por el aderezo. (*Mutis Juan izquierda. Fermín, primera derecha. Teodoro retrase foro, a su despacho.*)

ESCENA VI

ADORACIÓN, DON GIL, JUAN, FERMÍN

JUAN (*Con Adoración, izquierda; detrás, Don Gil.*).—¡Oh, Adoración, mi Adoración!... Aquí tienes, aquí tienes el purgatorio en que espero me eleves a tu gloria. (*Sale Fermín primera derecha, con el aderezo. Presentándole.*) Mi hermano.

DON GIL.—¡Ah, Fermín! ¡Cuánto nos ha retrasado usted la satisfacción de conocerle!

JUAN.—Pero, ¿de usted va a llamarle, don Gil?

DON GIL.—Bueno, te tutearé, muchacho, si me lo permites.

FERMÍN.—No faltaba más, don Gil, satisfechísimo...

JUAN.—Guapo chico, ¿eh? Es, más que hermano, mi hijo; hijo de un padre que le lleva seis años, pero que le ha hecho siempre andar derecho, aunque haya habido que encargarse a la mano lo que la voz no hacía respetar. ¿Me guardas rencor?

FERMÍN.—¡Agradecimiento!

JUAN.—Pero, no sé cómo ha sido que me ha resultado un ser absurdo, me ha dejado en ridículo como educador; supónganse ustedes que va a las citas a la hora fija, apunta lo que gana y lo que gasta, contesta las cartas y devuelve los libros... ¡Después de tantos desvelos!... ¿A quién habrá salido este muchacho?

FERMÍN.—¡Por Dios! Traigo para usted este recuerdo de mi madre. (*Entregando a Adoración el aderezo.*)

ADORACIÓN.—¡Oh!, muy amable... ¡Ay, qué preciosidad! Papá, mira; ¡un encanto de aderezo!

DON GIL.—Sí parece cosa antigua.

ADORACIÓN.—¡Lo menos, tiene un siglo!

¡Qué hermosura! Mira; los pendientes tan largos y estos diamantes del imperdible montados en plata, como ahora se vuelven a usar, y los de la sortija formando rosa... ¡Todos tan escondiditos, como antes!...

DON GIL.—Sí, lo mismo que violetas...

ADORACIÓN.—Y no como ahora, exhibiéndose con tanta soberbia, montados al aire. ¡No sabe usted cuánto se lo agradezco! ¡Su madre de usted debe de ser tan buena!

JUAN.—El entregarte mi madre estas galas, que fueron de la suya, ¡no sabes cuánto supone para ella!

ADORACIÓN.—¡Ah, sí, sí, lo comprendo!

DON GIL. (Por Fermín y Adoración.)—Pero muchachos, debéis tutearos.

ADORACIÓN.—Papá, ¿tan pronto?

JUAN.—Yo creo también que sí.

DON GIL.—Naturalmente; sois hermanos, políticos pero hermanos. Los hermanos se tutean, aunque sean políticos.

FERMÍN.—Aún no somos sino futuros hermanos.

ADORACIÓN.—Eso es, futuros... hermanos.

DON GIL.—Oye, afortunado yerno, tienes que reñirle.

JUAN.—¿Yo?... ¿Reñirle?... ¿Sería posible?...

DON GIL.—¡Suponte que... tenía reparo en venir aquí!...

JUAN.—¿Por qué?

DON GIL.—Porque dice que ésta es tu *garçonnère*.

JUAN.—¡Oh!, me ofende la palabra. Esta casa, sólo con sospechar yo que podrías un día venir a ella, la convertí en un templo; y, en todo caso, tu presencia la hubiera purificado.

ADORACIÓN.—Sí, sí; tu casita de soltero... No me niegues que una muchacha debe ir a la casa que se está poniendo para vivir de casados; pero, ¡a la habitación del señorito!...

JUAN.—¡Vamos, Adoración; me haces sufrir!

ADORACIÓN.—¿Por qué? ¡Si estos mismos escrúpulos te muestran cuánto te quiero. Precisamente, porque te quiero como se debe querer, quiero también mantenerme para ti sin la sombra de una ligereza.

JUAN.—No sé si me convencen tus razones, o tus ojos.

FERMÍN.—Y ¿cuándo, don Gil, cuándo le vemos a usted por el Supremo?

DON GIL.—¡Oh, dicen que soy muy joven todavía!

FERMÍN.—Sí que es usted joven, pero yo creo que es una ventaja.

DON GIL.—Pero, como estoy tan sano...

FERMÍN.—Razón de más.

DON GIL.—¡Quía, no lo creas! Buscan enfermos, incurables si puede ser. De ese modo, sirven a uno, y al poco tiempo quedan en disposición para servir a otro. Conoció yo a un ministro que, antes de ascender a cualquier magistrado, como quien no quería la cosa, le presentaba a su médico, que le tiraba de la lengua, para ver los achaques...

JUAN.—Pues, papá suegro, ¿por qué no simula usted una enfermedad?

FERMÍN.—Eso es; como los que quieren librarse del servicio.

JUAN. (A Adoración.)—Esto, como habrás notado tiene poco que ver; y lo demás, lo mismo. En esta casa nada hay interesante sino tu retrato, y los papeles por lo que significan para nuestro hogar futuro. Pasa; míralo todo bien; fíjate en los muebles, que serán parte de los que te pertenezcan, y vete ya formando tu proyecto de composición de casa. ¿Vamos?, señores. ¿Pasamos primero?; bien, obedecemos. (Mutis, primera derecha, Adoración y Juan.)

DON GIL.—¿No te da envidia?

FERMÍN.—Mucha.

DON GIL.—Pues yo me sonrío, como el veterano del quinto cuando entra en el cuartel.

FERMÍN.—¿Usted no aconseja el matrimonio?

DON GIL.—Casada ya mi hija, no señor, a nadie. ¿Para qué causar males inútiles? Y eso que yo he saboreado todos los gustos del matrimonio: me casé, enviudé, tuve sólo una hija, que me vive, y la caso... Pero, ¡veintiocho años entre casado y viudo! ¡Desde casi imberbe!... Compadécete de un niño de cincuenta y tres, que nunca ha sido libre.

FERMÍN.—Así es que ahora, que se va usted a ver solo, ¿no habrá temor a una reincidencia?

DON GIL.—Me ofendes con la duda. Cuando era juez de entrada, sí, muy bien; pero, ahora en ciudades grandes...

FERMÍN.—¡Ya, ya!

DON GIL.—¡Había para estar loco! (Mutis ambas, primera derecha.)

ESCENA VII

TEODORO, GÓMEZ

GÓMEZ. (Apareciendo por la izquierda, a Teodoro.)—¿Y tu amo?, que tengo prisa.

TEODORO. (Saliedo de su despacho.)—Tendrá usted que aguardar, que no está en disposición ahora.

GÓMEZ.—Pero ¡si son las horas de despacho!...

TEODORO.—Pues, no sé qué le pasa, que a estas horas nunca se le encuentra en disposición.

GÓMEZ.—¿Qué formalidad, qué arreglo!

TEODORO.—¡Trabaja mucho, eh!...

GÓMEZ.—Pero no a sus horas. ¡Buen modo de hacer bufete! La que digo yo: los abogados del día... Antes...

TEODORO.—Sí; cualquier tiempo pasado...

GÓMEZ.—No, tiempo pasado...; sino que es la verdad. Cuando yo vine a Madrid, había cien escribanos, ¡ciento! ¡Diez por distrito! Daba gusto... Yo era un oficialillo de lo criminal, y, lo poco que he hecho, entonces lo hice. Y ahora ¿de qué me sirve ser el pasante y asociado de un procurador de fama? Y es que no hay pleitos; al que le piden mil duros, da dos mil, aunque no los deba, porque no le lleven al Juzgado; y, si es en lo criminal, ¡a morir, por Dios! Yo no sé qué hacen los señoritos, que no cometen un delito decente. Y si alguno empieza a tiros con su mujer, o con lo que sea, ya ha consultado antes con un abogado cómo y cuándo tiene que matarla... ¡Total, que para nosotros, nada! Tu amo, aun podría vivir..., pero no vivirá.

TEODORO.—¿Que no?

GÓMEZ.—¡Quí! Es un ¡viva la Virgen!, como somos todos los españoles; todo se le va en proyectos y no tiene asiento, ni paciencia para nada. Quiere hacer muchas cosas a la vez, y a cada paso cosas distintas, y... ¡no puede ser!

TEODORO.—Pero, ¿y ese talentazo?... Acuérdese usted de cómo defendió a aquel que mató a su padre para librarse del servicio por hijo de viuda.

ESCENA VIII

DICHOS, ADORACIÓN, JUAN, DON GIL, FERMÍN

JUAN (*Saliendo con Adoración, por la segunda derecha. Detrás, Fermín y Don Gil. Teodoro se retira a su despacho.*)—Como ves todo ello poco interesante. ¡Hola, Gómez! ¿Ya viene usted en contra mía?

GÓMEZ.—A su favor, a su favor siempre, don Juan, hasta en los pleitos en que somos contrarios. A ver si me echaba usted estas firmitas... (*Juan firma dos o tres escritos que le presenta Gómez.*) Y a recogerle a usted las cuartillas interponiendo el recurso...

JUAN.—¿El recurso?... ¡Ah!, no está. ¿Quién piensa en eso todavía?

GÓMEZ.—¡Si vence hoy!

JUAN.—Pues por eso... ¡De aquí a las doce de la noche!

GÓMEZ.—¿Y copiarlo?

JUAN.—En una hora.

GÓMEZ.—Los apresuramientos, don Juan...

JUAN.—Sin apresurarse... Pero, ~~pasa~~ que se le vaya a usted el susto, vuelva usted por el dentro de una hora o de hora y media.

GÓMEZ.—Antes, antes estaré, ¡No deje usted de tenerlo hecho! ¿eh, don Juan?... Hasta luego; permíteme. No deje usted de tenerlo. (*Mutis izquierda.*)

ESCENA IX

ADORACIÓN, JUAN, DON GIL, FERMÍN

JUAN (*Aproximándose a Adoración, que, un tanto separada de su padre y Fermín, examina embelesada el aderezo.*)—Veo que te ha gustado de veras.

ADORACIÓN.—Inmensamente. Estas joyas de un siglo, esta reliquia me lleva a pensar en tu madre, en la tranquilidad de los pueblos...

JUAN.—Sí, te transporta al silencio de la aldea, y piensas que es una cosa como sagrada, de una grandiosidad...

ADORACIÓN.—Eso que dices, eso.

JUAN.—¡Ah!, pero ¡ya te aburriría vivir en pueblo!, ya.

ADORACIÓN.—¡Aburrirme!... ¿Contigo?... ¡Qué cosas me dices! Lo que aburre o lo que encanta es el marido, los hijos, lo que rodea... ¡Lo de la calle, qué más da!

JUAN.—¡Sí, sí; el hogar, los hijos!... Tienes razón; ¡el hogar!...

FERMÍN.—Pero, en nuestro pueblo, ni calles hay: son dos o tres caminos, y a los lados montones de tierra con agujeros que llaman puertas y ventanas. Dicen que eso son casas, pero aún no está suficientemente demostrado; y, ¡vea usted!... Yo le tengo cariño...

ADORACIÓN.—Pues, si no hay calles, pongamos, donde he dicho "lo de la calle", "lo de fuera de casa", y es igual.

JUAN.—¡Ah!; ¿y vivirías a gusto conmi-
o, aislada, acostumbrada como estás con tu madre a viajar frecuentemente, a visitar las ciudades más hermosas?

ADORACIÓN.—No creas..., que me deja en el cuarto del hotel, y él se va por ahí, a ver las cosas antiguas...

DON GIL.—No, y las modernas también; todo.

FERMÍN.—Así es que ustedes, como un matrimonio sin hijos, al tren, y... ¡ancho es el mundo!

DON GIL.—Sí; en cuanto me hicieron magistrado, como ya no hay nada que hacer, he procurado airearla; y, en efecto, en algunos lados nos han tomado por marido y mujer; a lo menos, así me lo han dicho... Bueno, es que ¡también hay camareros muy aduladores!

FERMÍN.—No; es que al verlos a ustedes solitos, tan juntos, tan cariñosos...

ADORACIÓN.—Pues a pesar de eso, de veras han creído que éramos matrimonio

JUAN.—Padre; voy a tener celos de usted.

DON GIL.—Suponte si lá querré, y ella a mí; ¿no, chiquitina? Ella, hija única; yo, su padre único, porque mi pobrecita Adoración murió cuando este ángel tenía muy pocos años... ¡Ha sido toda mi vida!

ADORACIÓN.—¡Ay, papá! ¡Por eso quizás te has aburrido tanto!

ESCENA X

DICHOS, DOÑA PATRO, *por la izquierda.*
Después, TEODORO

DOÑA PATRO (*Entregando a Juan una tarjeta.*)—Este señor, que dice que ha avisado, por carta, que vendría; y mucha gente que hay esperando.

JUAN.—¡Ah, sí!...

FERMÍN.—Aquí tiene usted a la señora Patro, que le puede dar detalles del pueblo.

DOÑA PATRO.—¿El pueblo, el nuestro? ¡Si no se merece que la señorita hablé siquiera de él! Yo, en cuanto ví tanto así de luz, me largué a Palencia a poner hospedería para los escolares, y luego en Madrid casa de huéspedes, que a la madre de don Juan se lo debo.

JUAN.—No se acuerde usted de eso.

DOÑA PATRO.—¡Eso es decirme que deje de ser bien nacida.

JUAN.—Mi madre la quiere tanto, que a mí a su lado me parece que es mi propia madre quien me cuida. Por eso la hice quitar la casa de huéspedes, para venir a la mía de ama de llaves.

DOÑA PATRO.—Sí; yo también estoy aquí... ¡Supónganse ustedes! Pero sí ahora, al casarse, la señorita comprende...

ADORACIÓN.—¡Ay, no, no; seguirá usted con nosotros! ¡Bueno fuera!...

DOÑA PATRO.—Gracias, señorita. No hubiera querido separarme de él; con tantas veces como le he tenido en las rodillas...

JUAN.—Y ahora no quiere tutearme.

DOÑA PATRO.—¡Ah!, no no; no faltaba más. ¡Y las veces que le he tapado, ya de mocito, que hasta le he curado en mi casa

descalabradas, que se las hacían los otros muchachos, cuando le empezó a dar a usted la idea por ser militar!...

JUAN.—¡Ah, sí!

DOÑA PATRO.—¡Y jugar a las guerras!...

ADORACIÓN.—Sí, porque tú llegaste hasta a estar en la academia militar.

JUAN.—Sí; en todas. Vamos, me he estado preparando para los tres cuerpos; un año en Toledo, otro en Guadalajara...

DOÑA PATRO.—Y cuando esperábamos en el pueblo verle aparecer con la espada, se nos presentó con la toga.

JUAN.—Sí; yo entonces soñaba con batallas gloriosas, banderas desplegadas y ruido de tambores, imperios conquistados, triunfos y trofeos... Ahora, al recordar aquellas locuras sangrientas, me sonrío, y a veces me estremezco... Un día, ví mi verdadero camino, y me hice abozado; ¿por qué matar? ¡defender a los hombres!, librarlos de la iniquidad, levantar de encima de un desdichado la losa de la acusación que le aplasta!

DOÑA PATRO.—Pero, señorito, ¿qué le digo a ese caballero?

JUAN.—¡Ah, sí!... Que vue'lva.

TEODORO (*Que, durante esta escena, ha salido de su despacho, desapareciendo por la izquierda. Saliendo ahora por este lado.*)—Tenga usted en cuenta, don Juan, que es la hora de la consulta, que hay mucha gente y que, si no recibe usted a ése, de todas maneras tendrá usted que recibir a otros. (*A Patro.*)—No le diga usted nada. (*Mutis Patro, izquierda.*)

JUAN.—Pero ése no vendrá a nada del bufete, y además me priva de estar contigo, ¡contigo!...

ADORACIÓN.—Pero, ¿es persona a quien debes consideración?

JUAN.—Eso, sí.

ADORACIÓN.—Recfbelo, entonces.

JUAN.—¡No me quieres como yo a ti!

ADORACIÓN.—Porque te quiero, te aconsejo...

JUAN.—Sí, sí; tienes razón. ¡Siempre tienes razón! Le recibiré, pero le advertiré que no dispongo de un minuto... ¿Esperas aquí?

ADORACIÓN.—Aquí, no, Juan...

JUAN.—Bien, bien; sí, tienes razón. Podemos hacer una cosa: ¿Vas tú con ellos?

FERMÍN.—Sí, desde luego; descomosísimo de...

JUAN.—Pues, de aquí, por Recoletos, a la Castellana. Yo me reuniré con ustedes; antes de que lleguen, procuraré estar yo. Quiero que comamos juntos, que no nos separemos en todo el día...

DON GIL (*A Fermín.*)—¡Buena nos espera, muchacho!...

FERMÍN.—Sí, sí...

JUAN.—Por aquí, ven. (*Mutis izquierda, Adoración, Juan, Don Gil y Fermín.*)

TEODORO.—¡No sé por qué se me figura que el recurso se queda hoy sin interponer! (*Retrase a escribir en su despacho.*)

ESCENA XI

JUAN, CRUZ. *Al final, cuando se indica, TEODORO, NEMESIA y MATILDE; éstas por la izquierda.*

JUAN (*Con Cruz, izquierda.*)—Pase usted, querido...

CRUZ.—Debe usted de estar muy atareado...

JUAN.—¡Oh!, perdone usted; pero es que es imposible...

CRUZ.—¿Cree usted que el ver tan concurrido su despacho no me indemniza de esta corta espera?

JUAN.—No me queda ni un solo minuto...

CRUZ.—En ese caso...

JUAN.—¡Ah!, no; le oiré a usted con mucho gusto. Siéntese.

CRUZ.—De pie, ¿por qué no? La señorita Matilde Guerra, a quien seguramente ha aplaudido usted alguna vez en el teatro, necesita un abogado.

JUAN.—Y ¿cómo no la defiende usted?

CRUZ.—No la quiero tan mal.

JUAN.—¡Oh, por Dios!

CRUZ.—Y, además, yo no ejerzo hace tiempo, ¿no lo sabía usted?

JUAN.—No, creí que usted continuaba...

CRUZ.—No, yo me hice cronista de tribunales para fundamentarme un bufete; hace años que soy periodista, y nada más. Le he indicado a usted, y ahora iba a venir para que yo la presentase; pero en vista de lo atareado que le veo, otro día...

JUAN.—No, no; ¿dice usted que un pleito?...

CRUZ.—Sí.

JUAN.—Y ¿tardará esa señorita?

CRUZ.—¡Oh, mucho, no! Pero, de todos modos, yo puedo aguardar en la antesala.

JUAN.—¡No faltaría otra cosa! Adoptaremos, si a usted le parece, un término medio; esperarla diez minutos, y, si no viene, me permite usted que me entregue a los demás clientes.

CRUZ.—Aceptado.

JUAN.—Ahora recuerdo que usted además de redactor de tribunales, es crítico teatral.

CRUZ.—Sí; "ni reconozco sagrado..." Por eso conozco a Matilde Guerra; es una criatura atrayente, por la que usted de seguro,

aunque sólo haya sido por unos minutos, se habrá sentido alguna vez interesado.

JUAN.—Sí, en efecto; la he aplaudido más de una vez.

CRUZ.—Creo que se trata de otro asunto delicado que ella le explicará, de una herencia que en efecto...

JUAN.—¡Bah!, no haga usted caso; todos los españoles contamos con una herencia que nos corresponde y que nos tienen detentada. Y es que, para heredar nosotros, contamos a los primos como hermanos, y, para que hereden los demás, los hijos se nos figuran sobrinos.

CRUZ.—¿Sabe usted lo que estoy pensando?

JUAN.—Usted dirá.

CRUZ.—Que ¿por qué no había usted de escribir para el teatro?

JUAN.—¿Yo? ¡Qué locura! Porque vaya a ser abogado de una actriz, no me irá usted a juzgar capacitado para ser autor dramático.

CRUZ.—No, no es por eso; me lo han sugerido las sesiones de la causa de Aranjuez, por la cual le felicito.

JUAN.—Muchas gracias.

CRUZ.—Usted, que hace nacer esas corrientes galvánicas del banco del acusado al sillón de su juez y del estrado al público, puesto a crear una obra teatral, ¿qué descarga no haría usted caer de la escena al patio!

JUAN.—¡Hombre, por Dios, qué ocurrencia tan extraña! ¿Cómo ha podido usted idear?...

CRUZ.—Porque yo, aunque no soy viejo todavía, soy—no se ría usted de mí—un patriota; quizás el último patriota entre los hombres de nuestra edad, y mi pensamiento más noble se encamina a señalar a los grandes españoles caminos anchurosos, prohibirles que cruelmente limiten sus amplias inteligencias a un campo acotado, a una cosa sola, que permanezcan tapados por un techo que diga: "No te elevés de aquí, aquello ya no es de tu arte." Yo haría, por ejemplo, de los buenos autores dramáticos españoles, catedráticos educadores de multitudes; a los hombres de ciencia los haría dirigir industrias apropiadas...

JUAN.—¡Ah!, eso es verdad. Trazar a un espíritu poderoso un círculo, por amplio que sea, tras el que se le dice: "No pasarás", es amputarle, deformarle... ¡El espíritu superior debe llegar a todo y sellarlo todo con su gracia! Sí, sí; presenta usted la cuestión en un aspecto muy interesante... Pero, eso no reza conmigo, pobre abogaducho.

CRUZ.—¡Ah!, no le consiento a usted que se maltrate.

JUAN.—Claro que por una consideración análoga abandoné yo las carreras militares; ebatir la inteligencia, la voluntad, el espíritu todo ante una estrella más... ¡Nunca!

CRUZ.—No digo yo que, ya en la posición a que usted ha llegado como juriconsulto, abandone las leyes, porque a quien se ha elevado mucho se le ve de todas partes, cualquiera que sea el campo sobre el que se halle. Pero ¿por qué no había usted de aspirar también a ceñir los más notorios laureles literarios? ¿Por qué ha de quedarse parado en una cima quien tiene piernas para andarlas todas?

JUAN.—¡Ah!, yo no... claro que yo no. Pero, en tesis general, lo que usted dice es una gran verdad; ¡es preciso estrujar la inteligencia de todo español, exprimirla sobre la madre tierra!

NEMESIA.—Una señorita que dice que la están esperando aquí.

CRUZ.—Es ella; si no se le ha hecho a usted demasiado tarde...

JUAN.—¡Oh, por Dios, no me llame usted grosero! Yo mismo salgo a recibirla. (*Vase izquierda.*)

TEODORO (*Saliedo de su despacho, y desapareciendo por la izquierda.*)—También la pasa antes... ¡Buenos se van a poner los que llevan dos horas...! (*Vuelve Juan, izquierda, con MATILDE.*)

CRUZ.—Pues ya no los presento a ustedes, y los dejo. El secreto profesional... Me permito rogar a usted, querida amiga, que no ocupe al señor Alvarez Mas sino el tiempo indispensable. ¡Ya ve usted cómo tiene la antesala!

JUAN.—¡Ah, por caridad, calle usted!

MATILDE.—Le consultaré brevemente, estímandole en mucho la preferencia que me ha otorgado. Agradecidísima, Cruz.

CRUZ.—Hasta la noche. (*Mutis izquierda.*)

ESCENA XII

MATILDE, JUAN

JUAN.—Según me ha anticipado el amigo Cruz, una herencia...

MATILDE.—Sí; yo tengo un tío cura, hermano de mi madre; y queríamos saber quién tenía que heredarle, si mi hermano y yo, o los otros sobrinos.

JUAN.—¿Cuáles?

MATILDE.—Los otros, los que tiene en el pueblo; porque... Pero esto no me interesa tanto; lo que sí quisiera consultarle urgentemente es una cosa secreta, muy grave

para mí. (*Juan cierra la puerta de la izquierda.*)

JUAN.—Usted dirá.

MATILDE.—¿Puede el marido de una actriz prohibirla que trabaje en el teatro?

JUAN.—Le diré a usted; no quisiera... Bueno, la contestación tendría que ser algo brutal.

MATILDE.—Sí, puede, ¿eh?

JUAN.—Puede, sí.

MATILDE.—¡Ya se conoce quién hace las leyes!

JUAN.—¡Tanto quiere usted a su arte!

MATILDE.—¡Quererlo es poco! Porque lo que se quiere es que está fuera de uno; y mi arte de actriz no está fuera de mí, no; es mi esencia, mi razón de ser y de vivir... ¡Que quiera él, que no quiera, he de seguir trabajando en el teatro! ¡Me importan poco las leyes!

JUAN.—Tranquilícese usted, Matilde; cuénteme usted su caso.

MATILDE.—¡Ay, perdóneme!

JUAN.—¡Vaya, vaya!... Quizás, por alguna circunstancia, pueda hallarse un medio... Yo la tenía usted por soltera.

MATILDE.—No se sabe que soy casada, y hasta yo lo iba olvidando. Yo he sido—no me da vergüenza decirselo a usted—ballarina; él era bailarín también, mayor que yo. Me propuso casarnos; y, como es tan raro... ¡Yo sola!... Nos casamos; empezamos a ir por los pueblos, y me presentaba como su hermana, y yo le decía: “¿por qué no dices que soy tu mujer?” “No es conveniente” me respondía; y yo, como le tenía respeto, me callaba. Ya, una tarde, me quejé. “¿Sabes—le dije—que el señorito ese rubio que viene a los ensayos, me ha dicho que me quiere?; es necesario que des la cara, y evítes...” Y, muy socarrón, me contestó: “Mujer, yo no soy más que hermano... ¡Un hermano, con celos!... ¡Habría para murmurar!...” Me dió tal asco, que me fugué aquella misma tarde, y, hasta ahora, no había vuelto a verle. Poco después, y ocultando quién era, me dediqué a la zarzuela, mudándome hasta el nombre, después a verso; subí, se olvidaron en buen hora mis sombríos comienzos... pero ¡ese fantasma se aparece ahora para recordármelos!

JUAN.—¿Le ha visto usted?

MATILDE.—Sí, se presentó ayer en mi casa muy solemne; apenas le conocí. Cref que iría a pedirme dinero. Si es para eso, ha utilizado el arma que podía herirme más. No sé de qué vivirá; pero se presentó muy caballero... ¡Creo que se ha metido en política, y quiere ser concejal! “Ocho días tienes de plazo—me ha dicho—para dejar la escena

y marcharte a vivir conmigo"; y, entregándome una tarjeta, me dijo: "Aquí tienes tu casa; puedes llevar los muebles."

JUAN.—¡Ah, es indigno, innoble!

MATILDE.—¿No ha de haber ley que me ampare?

JUAN.—Que abandonara usted la escena, ¡aún!...; pero irse a vivir con ese hombre despreciable...

MATILDE.—¡Ah, no; ni lo uno ni lo otro!

JUAN.—¡Qué atracción se ve que ejerce sobre usted el teatro! Y es que el aplauso, el halago público, que nuestro nombre suene como familiar en miles de hogares, lograr que una cara sea reconocida de continuo y se vuelvan a ella las miradas... ¡Ah!, ¡la persona del artista se une a tantas vidas oscuras sin ella sospecharlo, tantas simpatías anónimas conquista, ha llevado a tantos pobres espíritus rayo de luz! ¡Como el autor dramático...! El autor, que forma ¡todo un mundo! en su cerebro, mundo que ve realizado luego, con figuras de carne, que hablan y emocionan y también encuentran el calor de todo un pueblo, y a veces de la humanidad entera, que tiene para ellas una mirada de admiración. ¡Sí, seguramente todo esto es muy hermoso! Comprendo que no consienta usted en renunciar a ello.

MATILDE.—El teatro es mi hogar. El hogar, el verdadero, cosa santa, sin duda; ¡criar hijos, darse y someterse a un hombre, cifrándolo todo en él! Pero yo comprendo que no llevo a mujer, soy solamente artista.

JUAN.—¡Ah!, es usted mujer; pero no una mujer vulgar.

MATILDE.—Lo acepto, porque no creo que sea lisonja; al contrario, las mujeres mujeres, o vulgares, si usted quiere, tienen más valor, significación más transcendental; lo dicen los poetas, lo dicen los enamorados...

JUAN.—Pero no los psicólogos, que saben penetrar un alma y sorprender su más sutil encanto.

MATILDE.—A mí siempre me aterró tan sublime trivialidad. Por eso vivo a gusto en el teatro; porque allí—aparte del amor de los hombres, que es vulgar en todas partes—, habrá gentes que no son buenas, pero la aplastante vulgaridad que llena el mundo allí se ha detenido a la puerta.

JUAN.—Sí, también me explico esa nueva atracción; colocarse en una esfera de arte y de belleza, más arriba del bien y del mal. Y a los hombres, aun a los que viven en ese ambiente del teatro, ¿los encuentra usted vulgares?

MATILDE.—Igual, vulgarísimos... "Usted, para mí, es madre, hija, amante, hermana, esposa; ¡todo en un cuerpo!" Y, otros, di-

cen: "Usted es el mundo entero; mi rey, mi dios, mi familia y mis amigos"...

JUAN.—Sí, en efecto; es lo que se suele...

MATILDE.—Y si alguna variación hay, es decir: "Para usted y para mí una casa muy pequeña, muy pequeña, que no cupiéramos casi ni usted ni yo; y aislada, fuera de la ciudad, fuera del campo, si pudiera ser..." ¡Fantasías sin médula!

JUAN.—Y a usted todo eso le produce un efecto...

MATILDE.—De pena por el que lo dice. "Créame usted; quien se recrea con esas insustancialidades—y todos los enamorados se deleitan recitándolas—tiene el fondo demasiado cerca de la superficie. Y para entregar a alguien ¡toda la vida! es preciso que ese alguien sea un pozo sin fondo o con el fondo muy lejano, que, aunque ahondemos todos los días, no lo encontremos, y podamos vivir años y años sin desilusión, pues encontrado ya el fondo, el encanto cesa, porque siempre es barro." Pero, vamos a ver, ¿qué, encuentra usted algún medio?...

JUAN.—¿De qué, de que no viva usted con ese hombre depravado, perverso, canalla?

MATILDE.—Sí.

JUAN.—¡Claro está! No sé cuál, pero tiene que haberlo; lo encontraré. ¡Qué abyección! En cinco años de ejercicio jamás ví un caso semejante.

MATILDE.—Vea usted si soy desgraciada: un solo hombre tan infame, y fué a chocar conmigo.

JUAN.—Por de pronto, hable usted a Cruz, a todo el mundo; que se sepa, que se comente y le llegue el lodo a la cara. ¡Quizás esto le haga contenerse!

MATILDE.—¿Cuento con usted?

JUAN.—¡Con todas mis energías!

MATILDE.—Que no decaiga ese entusiasmo. ¡Cuánto se lo agradeceré!

JUAN.—Señora: si yo no tomase con fervor la causa de usted, ni merecería llamarme caballero, ni hombre, ni español. Hable usted con Cruz; yo le veré.

MATILDE.—Conmovida por todo. No le digo más; los cumplidos vulgares no son para momentos como este.

JUAN.—Dice usted muy bien; dejaremos que los hechos hablen. (*Despidiéndola.*) Señora...

MATILDE.—Hasta otra vista. (*Mutis izquierda.*)

ESCENA XIII

JUAN, TEODORO. *Después, FERMÍN. Más tarde, GÓMEZ. Al final, UN PROCURADOR Y CLIENTES*

TEODORO (*Por la izquierda.*)—Don Juan: tiene usted ahí, además de a tres clientes, al procurador Serrano Vázquez, a...

JUAN.—Sí, hombre; ya sé que estoy aquí para que me vapulee todo el mundo.

TEODORO.—¿Quién pasa primero?

JUAN.—Nadie; ya es la hora.

TEODORO. — ¿Eh? (*Retírase por la izquierda.*)

FERMÍN (*Por la izquierda.*)—¡Pero hombre, que hemos dado ya seis vueltas por la Castellana!

JUAN.—¡Ah, sí!

FERMÍN.—¡Chico!, tu novia es un encanto. ¡Qué buena compañera vas a tener, y qué madre tus hijos!

TEODORO (*Saliendo por la izquierda.*)—Gómez se empeña en pasar.

JUAN.—Sí, sí... (*A FERMÍN.*) ¿Dices que?...

FERMÍN.—Que es muy mujer. ¡Cómo hablaba de ti! Ha llegado a decirnos a mí y a su padre—¡ya ves, a su padre!—que tú para ella lo eras todo; su padre, su hijo, su hermano, su señor, su rey... ¿Qué se yo?... ¡Hasta su Dios!... Y eso que es buena cristiana.

JUAN.—¡También es buena cristiana!...
FERMÍN.—¡Sí, también! Y cuando tu suegro le enseñaba unos balcones hermosos con papeles, decía: "No, papá; yo viviría con él, aislada de todo..."

JUAN.—¡No! ¡No ha dicho eso, no! ¡No! ¡No!!

FERMÍN.—Sí.

JUAN.—¡No, por favor! ¡Dime que no lo ha dicho!

FERMÍN.—¡Vaya! ¿Qué te sucede?

GÓMEZ (*Por la izquierda.*)—Señor Alvarez, ¡por Dios, la interposición del recurso!

JUAN. — Perdóneme usted. (*A FERMÍN.*) Vámonos. (*Vaso segunda derecha.*)

FERMÍN (*A Teodoro.*)—¿Qué le sucede?

TEODORO.—No sé. Ha estado hablando con un periodista y con una actriz.

FERMÍN.—¿Y por eso?

GÓMEZ (*A Juan, que reaparece con sombrero, etc.*)—Señor Alvarez...

JUAN (*A FERMÍN.*)—Vamos, vamos. (*Mutis ambos primera derecha.*)

GÓMEZ.—Señor Alvarez... (*Tratan de impedir la escena, por la izquierda UN PROCURADOR y los CLIENTES, a todos los cuales TEODORO contiene junto a la puerta.*)

PROCURADOR.—¡Don Juan!...

CLIENTE.—¿Quién tolera esto!...

OTRO.—¡Esto no puede ser!...

TEODORO.—¡Se marchó por la escalera de servicio!

GÓMEZ.—¡A todos nos ha dejado iguales!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Cuarto de una primera actriz en un teatro de importancia. Puerta al foro, con forillo de corredor.

ESCENA PRIMERA

ROMERO, MENDIETA

MENDIETA (*En el corredor, con Romero.*)
—Se oye hasta la respiración del público; ¡negro se va usted a ver para sustituirla!

ROMERO.—¡Bah!, no lo crea usted; me ha pasado muchas veces lo mismo, parecer que se iba a hundir el mundo si prescindía de una figura, quedarme sin ella, y... volverse luego el público loco por la que venía en su

puesto; aunque, ¡claro!, siempre había aquello de: "Lucha con el insuperable recuerdo..."

MENDIETA.—El que no se consuela es porque no quiere, don Sebastián; y usted... ¡quiere consolarse! ¡Menuda envidia nos tiene usted porque nos la llevamos!

ROMERO.—¿Yo, envidia?... A mí no me hace falta nadie, y echaría a la calle a Talma si se me pusiera tonto... A mí deme usted conjuntos, deme usted cuadros, y, sobre todo, deme usted obras, como las había cuando usted estaba en esta casa.

MENDIETA.—Es verdad que las había, y

Ayuntamiento de Madrid

conjuntos... ¡Aunque figuras no hubiera!...

ROMERO.—Bueno; usted es distinto. Usted es un gran actor y, sin embargo, se puede tratar con usted.

MENDIETA. — Gracias. Pues, mire usted; nosotros llevamos conjunto, obras... ¡Usted verá, con ese autor al frente! Y, por añadidura, a Matilde Guerra... (*Oyense aplausos.*) ¡Eh! Esos..., esos aplausos nos los llevamos. Un primer acto de mera exposición, y mire usted qué efecto le saca; ¡También va usted a encontrar muchas primeras actrices que metan al público en situación, así, desde el principio!

ROMERO.—¡Muchas, hombre, muchas; no sea usted criatura!

ESCENA II

DICHOS, MATILDE

MATILDE (*Saludando a Mendieta.*)—¡Hola! MENDIETA.—Compañerita, muy bien, muy bien... ¡Es usted la única!

MATILDE.—¡A ver cómo nos acoplamos! Eso es lo importante.

ROMERO.—Y también es importante que sepa yo hasta qué día puedo contar con usted... ¡Digo yo!

MATILDE.—Ahora quedaremos...

MENDIETA (*Despidiéndose, por Romero.*)—¡Vaya!, no quiero que me tome usted demasiado odio; hasta después.

MATILDE.—Si hay tiempo...

MENDIETA.—Es que me esperan.

MATILDE.—No deje usted de venir luego.

MENDIETA.—A última hora.

ROMERO.—Adiós. (*Mutis Mendieta.*)

ESCENA III

MATILDE, ROMERO

ROMERO.—Matilde: yo soy un hombre que..., ya usted me conoce. Quince años llevo de empresario, y ningún cómico puede decir que yo le he suplicado nunca. ¿Que te vas? ¡Bendito y alabado! Pero yo a usted le suplico, le ruego que se quede. Matilde: no me abandone usted. Yo le daré a usted... ¡lo que quiera!; en el beneficio, el producto íntegro, y cuando salgamos a provincias, uno en cada sitio; le daré a usted, ¡me quema los labios el decirlo!, veinticinco duros diarios; la pondré a usted en el cartel con letras como el puño; se harán las obras que usted quiera, lo que usted disponga, pero, ¡quédese usted, Matilde!

MATILDE.—Don Sebastián: si usted me conociera mejor, comprendería... Pero, ¡no puedo!

ROMERO.—Mire usted, criatura, que sé por experiencia, ¡calcule usted, quince años!... que dejar que se mezcle el amor en las cosas de teatro, es meter el diablo en casa. La empresa que ha formado ese hombre es descabellada; claro que yo se lo digo a usted por defender mi negocio, pero, ¡créamele usted!, que es la verdad. Matilde, y la hablo a usted como si fuera usted mi hija. ¿Que él escribirá obras para usted y a propósito..., y que tiene talento? No lo dudo; pero él se cree más autor de lo que es, y los demás lo creen más también; no está formado del todo todavía. le haría falta reposo, trillar más el camino. Y, además; ¡pero no lo sabe usted ya, criatura, con el tiempo que lleva de teatro, que basta que un autor ponga todo su empeño y todos sus cinco sentidos en hacer un papel para que resulte Fulano o la Mengana, para que sea precisamente en el que se hunda?

MATILDE.—¡Vamos!, don Sebastián; dejemos esta conversación. Me hace usted sufrir; si yo lo comprendo, si yo estoy con usted...; ¿dónde mejor? Pero, no puedo, no puedo... No es el amor, ¿eh?; me injuria usted...

ROMERO.—¡Bah, bah, bah!... ¡Hija mía!

MATILDE.—No; si le perdono.

ROMERO.—¡Gracias; pero, ¡estamos hablando de cosas serias! Es que yo... las cogería a ustedes las que se enamoran de autores o de cómicos o de algo del teatro, y ¡las daría de golpes en la cabeza, hasta que se les abriera a la luz!... Y ¡a ellos, también!, ¿eh? Por eso yo, en tantos años, de telón adentro... El amor, que no lo alumbren las candilejas, ¿sabe usted? Mi mujer no viene al teatro más que cuando alguna amiga le dice que la obra es buena o que la hacen bien; y, para eso, la hago que pague su localidad, para alejarla de este ambiente. ¡Si yo a usted pudiera convencerla de que la conviene más!... (*Aparece Juan.*) ¡Bah! El enemigo... ¡Qué mirada! Es tanto machacar en hierro frío. (*Mutis.*)

ESCENA IV

MATILDE, JUAN

MATILDE.—No, Juan, no lo hagamos, no; aun estamos a tiempo.

JUAN.—¿Qué te ha dicho ese hombre?

MATILDE.—Nada; procura que me quede. ¿Te parece mal?

JUAN.—No; pero... según a qué artes recurra. ¿Qué te ha dicho?

MATILDE.—Nada; que no vaya en la empresa que tú has dispuesto; que me quede aquí, y me dará veinticinco duros. íntegros los beneficios, y me anunciará con letra grande.

JUAN.—¡Ah!, señal de que le produces más; ¡Restituírte una pequeña parte de lo que te quita!... Y te lo habrá propuesto con cierta gallardía... ¡Logreros!

MATILDE.—Es que, Juan, también, un artista bien colocado en una empresa organizada ya, da de sí infinitamente más...

JUAN.—Eso es creer que yo no he podido organizar bien la nuestra.

MATILDE.—No, Juan, no; si tú no puedes haber hecho nada mal. Es que, mira; me ha indicado también, me ha dicho claramente, que yo te quiero, y...

JUAN.—Y ¡es verdad! Pero ¿es que no aciertan a separar la idea de amor de la de pecado, no saben unirla a la de respeto? ¿No comprenden que se pueda querer a una mujer y ponerla más alta que nuestro deseo? ¿Quién les publica a ellos de qué clase es nuestro amor?

MATILDE.—¿No seremos nosotros mismos, Juan? Yo, comprenderás...; también temo a mi marido.

JUAN.—¿A ese reptil?...

MATILDE.—Sí, un reptil; y tú un hombre arrogante. Pero, si le pones el pie encima, aunque lo aplastes, quizás tú llesves la muerte con la mordedura.

JUAN.—¿Por qué?... Sí, desde el primer momento, he sabido, con arrogancia, como tú dices, vencerlo siempre sin que él... Cuan-to he pretendido, logrado está; que te dejase trabajar en el teatro, que no fueras a vivir con él...

MATILDE.—¡Ah!, si yo no te quisiera, Juan, no tendrías de mujer, nada! Es admirable cómo has sabido luchar contra ese taimado, despreciando las armas..., la hipocresía, el engaño..., yendo hacia él altanera-mente y sin precaverte.

JUAN.—¿Como hay que ir! No soy tan débil que necesite ser desconfiado. ¿Ya no en-cuentras vulgar el amor de los hombres?

MATILDE.—Ya no; tú me has hecho mujer, y ¡de qué modo!

JUAN.—Pero, siempre una mujer excep-cional.

MATILDE.—Te lo parezco, porque me quie-res. ¿Me quieres?

JUAN.—Te quiero de una manera impetuosa, avasalladora; a mí mismo me arredra, cuando recapacito sobre ella, la fuerza de esta pasión.

MATILDE.—Sigue...

JUAN.—Sentí de pronto, por ti, este amor desordenado, que es el único, enténdelo bien, el único que se aviene a mi espíritu, que no es vulgar. Tú me agitas hasta el frenesí, sacudes mis nervios potentemente, eres una fuerza vibrante que ejerce sobre mí una atrac-ción incontestable; es increíble la pujanza de este cariño irregular, bohemio, fuera de las leyes, sobre ellas, pintoresco, que lo olvida todo... o desprecia lo que no olvida, lleno de sorpresas, encantos y gracia sin lí-mites, como lo está toda tu persona.

MATILDE.—¿Juan, Juan...!

JUAN.—¿Qué, mi amor?... Escucha: para unirnos más sólo hay el obstáculo..., tu marido; y he pensado..., he formado todo un plan jurídico; no en balde soy abogado. Haré—lo lograré, sí—haré que él y tú os nacio-nalicéis en Francia, para obtener el divor-cio, y, una vez libre, te casarás conmigo. ¿Qué? ¿No te produce mi plan el entusias-mo que yo creí!

MATILDE.—¿Sí, sí! Pero..., es que... ¿tú crees que así queda el asunto recuelto en absoluto?

JUAN.—Pues ¿qué más puede quedar?

MATILDE.—Nada, es que decía yo... Si, cuando tú lo dices... ¡claro!, tonteras más... Pero...

JUAN.—¿Qué?

MATILDE.—Que si la gente... ¿entiendes?, aquí en España, con eso de una divorciada que, viviendo el primer marido, se vuelve a casar con el...; si les parecería bien casada con el segundo...

JUAN.—¿Por qué no? Las leyes, ¿no se escriben para nada?; y, si una persona se somete a las leyes del estado francés, ¿será inmoral que se deje gobernar por ellas?

MATILDE.—¡Ah, no, no! Juan, perdóname. ¿Qué cosas te digo!, ¿eh? Si todo lo que tú dices está bien; decir tú una cosa, y ser verdad, es igual.

JUAN.—¿Ya verás, ya verás! Unidos por el amor y el arte, mis dos pasiones; es decir mi única pasión, porque el teatro y tú sois una misma cosa, polos de un mismo eje, el de mi existencia.

MATILDE.—¿Sí?

JUAN.—Sí; todo concretado en ti. ¡Ah!, al abrazarte, abrazo al mundo, mi mundo personificado en la más deliciosa de las formas. Tres obras más he logrado ver estre-radas, y cuatro años hace ni pensaba en ser autor; las tres, con éxito progresivo, y ¿no ha crecido al mismo tiempo nuestro cariño?

MATILDE.—Sí.

JUAN.—Y ¿no ha de seguir adelante siem-pre? Mira; ¿no somos jóvenes, no nos que-

remos, no estamos aclamados por el público. buscados por las empresas? ¡Oh, que viniera ahora tu marido a arrancarte de mis brazos!

ESCENA V

DICHOS, MARQUÉS, LUISITO. *Cuando se indica, SEGUNDO APUNTE y DONCELLA*

MARQUÉS (*Dentro.*)—Dice usted que el cuarto número uno; y ¿está muy lejos? (*Salte, con Luisito.*)

LUISITO.—Tío, si es éste. Lo pone aquí. Uno.

MARQUÉS.—Si lo veo, hombre; lo veo perfectamente.

MATILDE.—Señor Marqués; ¡qué amable! Nunca me olvida.

MARQUÉS.—¿Yo, olvidarla a usted? Sería renegar del buen gusto de cien generaciones de antepasados míos, que todos han vivido antes que yo, y me han legado su delicadeza.

MATILDE.—¡Siempre galante! (*Presentándole.*) El señor Marqués de Benafarces, ilustre diplomático hoy jubilado.

MARQUÉS.—Sí, hijo mío, jubilado; estos malhadados gobiernos se atreven a llamarle a uno inútil por real decreto, con una facilidad...

MATILDE.—Ha representado a España en las naciones más poderosas; conoce medio mundo, y hoy, por lo visto, ha venido a admirar la obra de usted.

MARQUÉS.—¡Ah!, sí; a admirar...

JUAN.—¡Honradísimo!

MATILDE (*Presentándole.*)—El señor Alvarez Mas, autor de la comedia que estamos representando.

MARQUÉS.—¡Ah sí; de la comedia!... ¡Admirable! ¡No sé cuál acto me gusta más!

LUISITO (*Al Marqués.*)—Tío: que lo primero era una pieza aparte...

MARQUÉS.—¡Ah! sí; una pieza aparte... ¡Sí! Digo que no sé cuál me gusta más, si éste que he visto o los que quedan; porque, como no los he visto...

JUAN.—Sí, desde luego; imposible...

MARQUÉS.—Orgulloso de estrechar su mano; yo en el Extremo Oriente era amigo de muchos autores dramáticos.

JUAN.—Marqués, conmovido.

MARQUÉS (*Por Luisito.*)—Este joven es mi sobrino, ¿sabe usted?; tengo el gusto de presentarle a ustedes... Ese sobrino que nos sale a todos los que no tenemos hijos, y desaparecemos... ¡Ya usted me entiende!

JUAN.—Sí, sí...

MARQUÉS.—Pero, es buen chico. Hace cosas que no se explican en su situación; no

quiere que monte en automóvil, me aconseja pocos médicos y ninguna medicina, aire libre...; ¡muy desinteresado!

MATILDE.—Muy bien, joven; muy bien.

LUISITO.—Mi mayor placer es acompañar a mi tío.

MARQUÉS.—Verdaderamente, no sé cuando cumple con las expansiones propias de su edad. Ya me han dicho los del Biplano Club que la comedia de usted es preciosa; que no le había hecho falta más que un tiro a tiempo o un poquito de adulterio, aunque con mucha religión, para no alarmar... ¡Usted ya me entiende! ¿Y se ha asociado usted con algún otro autor para escribir la obra? Ya sabe usted lo que dice el lema del escudo de Bélgica: *L'union fait la force*; que quiere decir: "La unión hace la fuerza".

JUAN.—No, señor; me he arriesgado yo solo.

MARQUÉS.—Muy bien; los autores chinos nunca colaboran.

JUAN.—No, además, señor Marqués, es que yo conceptúo la colaboración una cosa grotesca. En arte, cada pensamiento escapa por su lado, y querer atar dos es pretender juntar con un lazo el vuelo de dos mariposas.

MARQUÉS.—Exacto; eso he dicho yo siempre respeto a las colaboraciones; las artes, los pensamientos, las mariposas... ¡Exactísimo!

SEGUNDO APUNTE.—¿Empiezo, señora Guerra?

MATILDE.—Sí, empiece usted.

SEGUNDO APUNTE.—Pues, ahora mismo. (*Mutis.*)

MATILDE.—Ustedes me permitirán...

MARQUÉS.—Yo me retiro...

MATILDE.—No; si sigo hablando con ustedes; es un instante. (*Pasa al tocador. Llamando.*)—María.

DONCELLA.—Aquí estoy, señorita. (*Matilde última su tocado. La doncella la ayuda.*)

MARQUÉS.—Sí, señor... Alvarez. Yo admiro mucho a los artistas; no sólo, como otros, a los que tienen talento. Yo admiro más a los que no lo tienen; porque ser artista y no tener talento, ¿no es más admirable?

JUAN.—Sí, es verdad.

MARQUÉS.—¡Claro que lo es! Y me gustaría protegerles a todos. Yo sería, para los artistas, todo un siglo de Augusto.

MATILDE (*Desde el tocador.*)—¡Ya casi lo es usted, marqués!

MARQUÉS.—¿Se refiere usted a las fiestas literarias de la marquesa? ¡Bah! eso no vale nada...; que ustedes toman parte en ellas, leyendo versos o escenas..., ¡eso no vale nada! Yo gustaría de una protección más eficaz. Usted (*A Juan*) tiene que concurrir a

nuestros salones; la marquesa quedará encantada. A la marquesa la entusiasman los autores, aunque sean en prosa... Se ve que no es de mi siglo; a los hombres de mi tiempo no nos gustaban más que los poetas. Eso de encontrar tantas palabras que acaban igual, es maravilloso; caído, aborrecido..., casado, fastidiado, engañado...; ¡maravilloso, maravilloso!

JUAN. — Tendré verdadero honor, señor marqués, en acudir a sus salones, al regreso de nuestro viaje.

MARQUÉS. — ¡Ah! ¿se va usted... de viaje? ¿Y adónde? Será fuera de Madrid.

JUAN. — A una excursión artística; dirijo una expedición por los primeros teatros de provincias, contando con el primer actor señor Mendieta, uno de los prestigios de nuestra escena, y sobre todo, con el poderoso aliciente de la señora Guerra.

MARQUÉS. — ¡Ah! ¿nos abandona usted, ingrata? ¿Usted? ¡Ella, que en nuestras fiestas artísticas es el *clou*; es decir, el clavo!

LUISITO. — Tío: no traduzcas, que el señor Alvarez Mas es literato...

MARQUÉS. — ¡Ah! y traduce del francés... ¡Claro! cuando escribe para el teatro...

SEGUNDO APUNTE. — Señora Guerra... (*Mutis.*)

MATILDE (*Pasando del tocador al foro.*) — Hasta ahora mismo, ¿eh? (*Mutis.*)

MARQUÉS. — ¿Adónde va tan aprisa?

JUAN. — A escena.

MARQUÉS. — ¡Ah! será una escena... rápida. Entonces, es que ya ha empezado el acto.

JUAN. — Hace rato, sí.

MARQUÉS. — Bueno, no importa. A mí me gustan más los entretectos. ¡Ah! los de algunas comedias son interesantísimos... ¡Se ve un público!... ¡Ah! pero..., es verdad, que ésta de esta noche es de usted: serán deliciosos también los actos. (*Despidiéndose.*) Vaya usted, desde luego, los miércoles a casa; y si se le ocurriera a usted... ser diputado, por ejemplo, la marquesa le presentará a usted al Ministro de la Gobernación y al Presidente... La marquesa, ¡ah! es admirable, ¡para hacer diputados!... ¡Ya tiene hechos nueve, con varios ministros! (*A Luisito.*) ¿Vamos, niño? (*Luisito le coge del brazo.*) No me cojas, como a un ciego... ¡Es la única manía que me fastidia de este pequeño! Vamos; ¿no ves que veo? ¡Yo veo que veo! (*Mutis Marqués y Luisito.*)

ESCENA VI

JUAN, FERMÍN

FERMÍN. — Pero, ¡hombre!, Juan... ¡Dos horas en el café!...

JUAN. — ¡Ah, sí; dispensa, hombre!

FERMÍN. — ¡Eres imposible! Bueno no acudir a las citas cuando al que le interesa es al otro, pero cuando es a uno mismo, no lo comprendo. Y no me llares mal hermano si me vuelvo a marchar de Madrid dejándote los asuntos tan embrollados como los tenías cuando vine.

JUAN. — ¡No, por Dios!...

FERMÍN. — Metes tu dinero en cosas que no entiendes, y de esa empresa en que vas a meterte, no sé cómo podrás salir: además, gastas sin tino... y luego... no ganas nada; porque, por lo visto, cuando el bufete empezaba a producirte, lo dejaste por el teatro, y el teatro no te produce.

JUAN. — Me empieza a producir ahora.

FERMÍN. — Sí; todo produce, pero es cultivándolo; y no arando de tierra en tierra y sembrando de un campo en otro, sin pararse a recoger la espiga de ninguno.

JUAN. — Sí; tenemos que hablar de asuntos, sí.

FERMÍN. — Pero yo no puedo quedarme en Madrid indefinidamente.

JUAN. — No; si de todos modos, tendrás que esperar a que se resuelva la instancia que has presentado a nombre de los Bancos agrícolas.

FERMÍN. — ¡Qué locura! ¡Esperar en España a que se resuelva un expediente de trascendencia para la producción nacional!... Pero, ¿tú crees que estoy en Babia? Ha habido hoy carta de mamá.

JUAN. — Trae, (*Fermín le da la carta, que Juan lee.*) ¡Pobre mamá! Le inquieta mi porvenir... Que no he debido abandonar el bufete... ¡Pobre mamá!... Y que no debo entretener más tiempo a Adoración, si no he de casarme con ella.

FERMÍN. — Opino lo mismo; es inhumano.

JUAN. — Calla, hombre, calla; es que ni mamá ni tú sabíais que eso estaba resuelto.

FERMÍN. — ¿Cómo?

JUAN. — Recibí hace días una carta de ella, dando por terminadas nuestras relaciones, y advirtiéndome que por nada modificaría su resolución.

FERMÍN. — Y ¿te parece honrado que hayas dado lugar a eso?

JUAN.—¡La ruptura es por causa de ella!
FERMIN.—¡Juan! ¡Acusarla, encima de!...
¡Ah!, eso es canallesco. (*Aparece Romero.*)
Bueno, me voy; mejor es que haya venido gente. ¡No hablemos ya de esto en nuestra vida; te lo suplico; en nuestra vida! (*Mutis.*)

ESCENA VII

JUAN, ROMERO

ROMERO.—No le guardo a usted rencor; pero, vamos a ver, ¿se encontraría algún medio?...

JUAN.—¿De evitar nuestra excursión? Ninguno; no se canse usted, Romero.

ROMERO.—Usted estrenará aquí todas las obras que quiera, con el reparto que usted exija; le pagaré a usted más derechos que a los otros, sin que se entere la Sociedad de Autores...

JUAN.—No, Romero. No. Eso es tan inevitable como si ya hubiera pasado; no se moleste usted.

ROMERO.—Bueno, bueno; pues ya que se ponen ustedes irreductibles...

JUAN.—¿Qué, tenía usted ya pensado algo?

ROMERO.—¡Pts! Hay que prever, y, por si acaso, había tenido la galantería de enviar a Asunción Salazar y a su marido un palco entresuelo para esta noche; como es función regia... ¡Y cerquita del Rey y todo, que se lo he mandado! Voy a verla; con permiso. (*Mutis.*)

ESCENA VIII

MATILDE, JUAN, Después MARQUÉS y LUISITO

MATILDE (*Por Romero.*)—¿Aún insistía?

JUAN.—Sí.

MATILDE.—Pero, ¿le has hecho desistir?

JUAN.—En absoluto.

MATILDE.—Juan, Juan, ¿venceremos, y, sobre todo, me querrás siempre?

JUAN.—El tiempo será mi aliado; y, en cuanto a vencer, ¿qué obstáculo podrá oponerse a un entusiasmo como el nuestro?

MATILDE.—Tienes razón; ningún obstáculo.

MARQUÉS.—¡Admirable, admirable!...

LUISITO.—(Tío, que está aquí el señor Alvarez.)

MARQUÉS.—¡Ah!, está usted aquí... Perdónese usted si antes de acabar su precioso acto... Pero, volveré, si usted quiere, a mi localidad hasta que termine...

JUAN.—¡Oh! por Dios, Marqués... ¡Con la intención basta! (*El segundo Apunte se ha presentado llevándose a Matilde.*)

MATILDE.—Voy, voy. (*Mutis.*)

ESCENA IX

JUAN, MARQUÉS, LUISITO

MARQUÉS.—Pero ¿qué es eso, otra vez se nos escabulle?... Y ¡Apenas llego yo!

JUAN.—Es para las últimas escenas del acto.

MARQUÉS.—(¡Si yo llego a saber que son las últimas!) Está el teatro espléndido; no se podrá usted quejar; una *braise d'or*; una brasa de oro, *braise*, brasa... Están SS. MM., y todo; SS. MM., los Reyes...

JUAN.—Sí, sí; ya me lo ha dicho el empresario.

MARQUÉS.—Y sé que el Rey va a llamarle a usted, y todo, para felicitarle. Ya pensaba, después del primer acto, que le ha gustado mucho; pero sus servidores le han advertido que no es de etiqueta entusiasmarse antes del segundo.

JUAN.—¡Me va a llamar el Rey!...

MARQUÉS.—¡Ah, í!... Y el Ministro de Hacienda, que también está, me ha dicho que es una obra... considerable. ¡Ya ve usted, el Ministro de Hacienda! Se lo puedo presentar a usted, y ya verá cómo le adula...

JUAN.—¿Adularme a mí?

MARQUÉS.—Naturalmente; a todo lo que brilla, a todo lo que bulle... ¡Sí, sí, le adulará a usted mucho! Si usted lo que debiera hacer es meterse en política. Les hacen falta cerebros, mucha falta; ¡hasta de mi sobrino han querido echar mano!...

LUISITO.—Sí, en efecto; han querido.

MARQUÉS.—Hasta como literato, le vendería a usted...; le buscarían las empresas para que les condonasen las multas.

LUISITO.—Y las viudas de los literatos, para las pensiones...

MARQUÉS.—Le premiarían obras, le comprarían ejemplares para bibliotecas y escuelas...

JUAN.—Pero, ¿usted cree que yo?...

MARQUÉS.—¡Oh, usted!...

LUISITO.—Si yo tuviese la edad... ¡sí me iba a estar perdiendo el tiempo!

MARQUÉS.—Lo malo para que fuese usted político es eso de la empresa de espectáculos; un diputado, por ejemplo, un miembro prestigioso de una agrupación, presidiendo por esas ferias un tinglado de diversiones... ¡Sería una grave dificultad! Está mal que

los políticos procuren que la gente se divierta.

LUISITO.—El tío ve muy claro, en esto.

MARQUÉS.—Y en todo. Y, además, otra cosa; otra cosa... Usted va a emprender la *tournee*, vuelta, que diríamos, con la señora Guerra, que no irá acompañada de su marido...

JUAN.—¡Ah!, desde luego; no.

MARQUÉS.—¿Quién contiene las lenguas maledicentes?... A un político español no se le permite el menor atrevimiento... ¡A no ser recatándose!... Ni aun casarse por lo civil; los más característicos republicanos tienen que recurrir al párroco... o al arzobispo. En materias femeninas el hombre público ha de ser de una moralidad escrupulosa. No es como en materias de dinero y administrar los caudales públicos, en lo cual hay mucha más tolerancia; porque si no, ¿dónde iríamos a parar!...

LUISITO.—Y, además, la tía...

MARQUÉS.—¡Ah, sí; la tía, la marquesa!... Con ese bagaje; por mucho que ella hiciese con el ministro...

ESCENA X

DICHOS, CRUZ

LUISITO.—¡Señor Cruz!

MARQUÉS.—¡Oh gran periodista! Ya nunca se le ve por nuestros miércoles.

CRUZ.—Ya no hago crónicas de sociedad. Me limito a lo mío; y el tiempo siempre es corto. ¿Qué, Alvarez? ¿No tiene usted que darme ninguna noticia grata? ¿Persiste usted en la funesta idea de privarnos de Matilde? ¿Si llego yo a presentir esto cuando era usted abogado, no le encamino a usted al teatro, no! ¡Créalo usted!

MARQUÉS.—Eso le estaba yo diciendo, que desista. Podría entrar en política, y fundar un periódico, ya que es literato.

CRUZ.—¿La marquesa le apoyaría?

MARQUÉS.—¡Seguro! ¡Un hombre como este!... ¡Un autor, aunque sea en prosa!...

CRUZ.—Pues no tiene usted perdón de Dios, si no lo hace.

JUAN.—¿Y usted me aconseja?... ¿Usted, que me encaminó al teatro?...

CRUZ.—Pues es lo mismo. Le indiqué a usted el teatro cuando triunfaba en el foro; ahora, que triunfa usted en el teatro, le señalo nuevas lides en qué vencer. Es lo mismo, querido Alvarez; subir siempre, conquistar, hollar nuevas cimas...

MARQUÉS.—Y de paso, resolvería usted ar-

duos problemas; el viajar, por ejemplo. Tendría usted kilométrico...

JUAN.—¡Ah!, no es eso, no; no, Marqués; no, señores, no es eso. Si yo dirigiese mi actividad a la política, con mis entusiasmos todos, como lo haría entregando a ella mi vida entera, sería para algo más grande, más trascendental. Sería para llegar hasta el corazón de mi España, escuchar su más hondo latido, observar el anhelo de su respiración y graduar el cuánto de la fatiga que la ahoga, indagando su porqué; mi vista seguiría al labriego tras de su arado y al obrero en su taller, y, aunque me agotase yo y sucumbiese, vitalizaría actividades, desentumecería organismos y ajustaría engrajes, robusteciendo el capital, fuente de la riqueza, esforzándome por regar el brazo del trabajador con la sangre vigorosa que da una alimentación sustanciosa y abundante. ¿Qué España soñaría yo!

MARQUÉS.—¡Oh, oh, admirable!

JUAN.—No, lo admirable de esto, Marqués, es que todo esto es realidad, porque el político actúa sobre un cuerpo vivo, anhelante, con existencia material; mientras que nosotros, los pobres autores dramáticos, nos perdemos en nuestros propios laberintos, fraguando para nosotros mismos un mundo que no existe y que, por lo tanto, no vale la pena de que por él perdamos energías inútiles.

CRUZ.—Sin duda.

MARQUÉS.—¡Ah! Evidente, clarividente... Es lo que he pensado, lo que he dicho yo mil veces... ¡La humanidad, que no es una ficción, como los autores dramáticos!...

ESCENA XI

DICHOS, MATILDE. *En seguida*, ROMERO

MATILDE.—Amigo Cruz, ¿qué tarde!...

MARQUÉS.—(El entreacto; yo me retiro.) Con licencia de ustedes, ya que he perdido el acto, no quisiera perder también...

ROMERO.—Alvarez: Ahí tiene usted a un caballero, de parte de Su Majestad. Creo que es para que suba usted al palco, y felicitarle.

JUAN.—Voy, voy...

MARQUÉS.—¿No se lo dije a usted?... ¡Hágame caso a mí! ¡Le llama a usted el Rey al palco regio; eso es..., que no es palco escénico; porque, al llamarle a usted el Rey, que es el símbolo de la nación, es como si toda la nación entera le llamase a usted de una vez!... ¡Supóngase usted!... ¡Toda la nación!...

JUAN.—¡Sí, sí; vamos, Marqués!

MARQUÉS.—¿Le presento a usted al ministro?

JUAN.—Preséntemelo usted. (*Mutis Juan, Marqués y Luisito.*)

ESCENA XII

MATILDE, CRUZ, ROMERO

ROMERO.—¡Bien, hija mía, bien; ya está hecho; ¡Quiera Dios que no lo paguemos todos!

MATILDE.—¿Ya le ha convencido a usted?

ROMERO.—Sí; le he visto también tan enérgico...

MATILDE.—Y, si no es secreto, ¿con quién me sustituye usted?

ROMERO.—Con Asunción Salazar.

MATILDE.—¡Ah, muy bien! Sí, está en un palco con su marido.

ROMERO.—Sí, la acabo de hablar; y, a la primera palabra... ¡No ha regateado, no! En fin, Matilde; lo dicho... ¡Que no nos pese a todos! ¿Para cuándo puedo anunciar a la Salazar?

MATILDE.—Para mañana mismo, si usted quiere.

ROMERO.—¡Vamos! Esto sería lo último... Que me haya puesto yo punto menos que de rodillas, y que ahora se me enfadara usted.

MATILDE.—No, si no me enfado; quiero decir que cuando usted quiera, mañana mismo si usted quiere..., con tal de que sea antes del día veintidós.

ROMERO.—Bueno, pues el dieciocho, si a usted le parece; y ya irá ensayando Asunción la obra nueva.

MATILDE.—Sí, sí; muy bien.

ROMERO.—Voy a decírselo; y... no se ponga usted la venda, que el descabrado soy yo. (*Mutis.*)

ESCENA XIII

MATILDE, CRUZ

MATILDE.—Ya ve usted...

CRUZ.—No se ha conducido el hombre muy galantemente; pero yo, Matilde, pienso lo que él. ¿No se arrepentirá usted de esta aventura?

MATILDE.—Aventura... ¡Ah!, usted también piensa que Juan es mi amante... Pre-

feriría que todo el mundo lo creyese, pero usted no.

CRUZ.—Si no lo creo; es decir, amante... Dueño, poseedor de usted, no; pero amante sí. Y yo daría todo por bien empleado, si fuese digno de ser su amante de usted; pero ¡no lo es!

MATILDE.—¿No? ¿Por qué?

CRUZ.—No por nada malo; porque es voluble, veleidoso... Hoy, ¡no me diga usted nada!, la querrá con frenesí, con rabia, pero bastará un espejuelo cualquiera para atondrarle y hacerle apartar la vista de usted, y entonces...

MATILDE.—No; le juzga usted mal.

CRUZ.—He aprendido a conocerle bien; siguió muy al pie de la letra mi consejo de dirigir su actividad por otros rumbos, y aún fué más allá de lo que yo le aconsejé, porque renunció a su carrera, habiéndole yo dicho lo contrario.

MATILDE.—Me llena usted de espanto...

CRUZ.—¡Pobre Matilde!... Cuando yo me atrevo a producirle a usted un dolor... ¡Ah!, si yo tuviera poder para apartarla a usted del peligro... ¡Y he sido yo quien inconscientemente le ha acercado a usted; y ahora cuánto daría por apartarle!

ESCENA XIV

DICHOS, JUAN. Después, ROMERO

JUAN.—¡Oh, admirable!... ¡S. M. el Rey, qué afabilidad!... hasta deseo de agradecerme..., sin duda! Y... ¡el ministro...! ¡oh! ¡Ansiaba conocerme!... ¡El Marqués le ha insinuado apenas, y...! ¡Quiere atraerme!... ¡Sí, sí; quiere atraerme! (¿Será ésta mi verdadera vocación?)

ROMERO.—Matilde: ¿podríamos adelantar la fecha del debut de la Salazar?; porque ahora me dice...

MATILDE.—Sí, sí; ¿cómo no?... Mañana mismo...; ¡ya he dicho que mañana mismo! ¡Yo no trabajo más!

JUAN.—¿Qué? ¡Ah!, la Salazar... No, no último usted con la Salazar. ¿Verdad, Matilde? Sí, porque Matilde, al fin alma de mujer, encariñada como está con esta escena...; y—¿por qué no decirlo?—siente miedo de mi empresa, de mi inexperiencia en los negocios...

ROMERO.—Pero, ¿quién le entiende a usted? ¿Se ha creído usted que los negocios son comedias, que se arreglan como les da a ustedes la gana? La Salazar debuta el quince, ya lo saben ustedes. (*Mutis.*)

MATILDE.—Cruz: le suplico a usted, cinco minutos...

CRUZ.—Bien. (*Mutis.*)

ESCENA XV

MATILDE, JUAN

MATILDE (*Cerrando la puerta.*)—¿Qué es eso; vamos, dime, qué es eso?

JUAN.—¿Qué?

MATILDE.—¿Abandonas nuestra empresa? ¿Por qué? ¿Es que tratas de abandonarme a mí también?

JUAN.—¿Abandonarte a ti? ¿Podría hacerlo sin abandonarme a mí mismo?... Es que la vida, un impulso aún no satisfecho, me lleva a otras cosas, a más grandes cosas. Pero, irás conmigo... (¡Sí, por pesado que el bagaje sea, yo sabré vencer con él a cuantas!)

MATILDE.—Contesta: ¿renuncias a la empresa?

JUAN.—Aún no sé; quizás, sí. Sólo he dicho que aplacen...

MATILDE.—Y ¿cuando yo te proponía meditarlo más, hace un instante, te parecía cosa necia!...

JUAN.—Es que luego..., me han presentado al Rey... El Ministro... En fin, no seamos falsamente modestos entre nosotros... ¿Tú me crees con talento?... Pues, ¿no es estúpido emplear la luz de una inteligencia en alumbrar mundos pálidos, fríos, construídos sobre el papel, habiendo tanta existencia real que amparar, tanta obra positiva que emprender?... Dirige los ojos a la plaza pública, a los campos, verás ¡cuánta vida palpitante que pide y no encuentra amparo!

MATILDE.—¡Yo creí que no habrías de ver más vida que mi vida, ni oír más clamor que el de mis palabras!

JUAN.—Si tu vida y la mía son la misma; pero vivamos fuera de la farsa en que hemos caído.

MATILDE.—Sueñas o deliras, y te apartas de mí. No sé por qué te alejas, pero no me atrevo a retenerte.

JUAN.—No me aparto de ti, Matilde; te uno más a mí, y fuera del teatro, donde todo sea verdad, realidad...

MATILDE.—No, no; te apartas. Y, ¿por qué. Dios mío? ¿Por qué?...

JUAN.—¡No; te quiero llevar conmigo. adonde está mi vida...! Conmigo!... ¡Pero es que mi vida está en otra parte, en otra parte!...

TELON

ACTO TERCERO

Habitación en que, por único mueble, queda una silla.—Las paredes, sin nada, excepto un plano, mapa o anuncio que, clavado con chinchetas, se ve en la del foro.—Una puerta a la derecha y otra a la izquierda.

ESCENA PRIMERA

DOÑA PATRO, TEODORO. *Al principio, un Escribano, un ALGUACIL y un Mozo que no hablan.*

Al levantarse el telón, el Mozo se lleva, cargado, un mueble, desapareciendo por la derecha. Sigue el ESCRIBANO, que llevará barba recortada, y ALGUACIL.

DOÑA PATRO (*Al mozo.*)—¡Cuidado, cuidado!...

TEODORO.—Si ya no va usted a volver a verlos...

DOÑA PATRO.—No importa; pero, es como un hijo, que se lo llevan...

TEODORO.—Yo no comprendo que se quiera

así a las cosas, habiendo tantas personas en el mundo que no las quiere nadie.

DOÑA PATRO.—¡El alma parece que me han llevado! Y, además, no tengo ni donde hacer la comida.

TEODORO.—Ni comida que hacer tendrá usted tampoco...

DOÑA PATRO.—¡Así el que metió a don Juan en esto del periódico se viera empaquetado, y fuera yo el escribano!

TEODORO.—Y el caso es que el periódico iba bien; no fué mala idea. Lo que es que hay tantos...

DOÑA PATRO.—¡Los mismos había cuando se les ocurrió a ustedes éste!

TEODORO.—No; a mí, no. Pero, los correspondientes son los que han matado el periódico... ¡Si yo cogiera al de Avila!

Doña PATRO.—Tan ricamente, señor, como podía haber estado con sus comedias, o con la abogacía, o que hubiese terminado la carrera militar, o haberse quedado en el pueblo; pero, ¡ni lo uno ni lo otro ni nada! ¿Quién le mandaba a él meterse a hacer un periódico?

TEODORO.—Eso no, doña Patro; los hombres deben tener iniciativas.

Doña PATRO.—¡Vaya una iniciativa! Eso se le ocurre a todo el mundo. ¡A ver a qué pollo de quince a veinte años no se le ha ocurrido fundar un periódico!... Tuve yo una vez un huésped que, a cada cambio de estación, echaba a la calle uno nuevo; y, como los primeros números siempre se venden, por curiosidad, sacaba para hacerse un traje y un gabán, no pazaba a la imprenta, y... ¡hasta el otro equinoccio!, como decía él. El periódico es un negocio como otro cualquiera, y hay que entenderlo. A don Juan en los únicos negocios en que le ha gustado meterse siempre, ha sido precisamente en los que no entendía.

TEODORO.—El caso es que a mí me ha deslustrado don Juan; me hizo renunciar mi destino, teniendo ya cinco mil reales de plantilla, y ahora en casa no quiera usted saber cómo nos vemos...

Doña PATRO.—Con menos muebles que aquí, no será. Yo no puedo, yo no puedo... Mucho quiero al señorito; pero la vejez anda cerca y adonde ve miseria entra más pronto; que... quita la casa de huéspedes, para venirte a gobernar la mía; que me voy a casar, y a la señora... quizás yo no la guste; que ya no me caso, pero me voy a hacer autor y tengo que entregarme un poco a la bohemia, y aunque vea usted juergas en casa, cállese, y pase por carros y carretas; que ahora ya no quiero ser autor, y que me presento diputado y me hará falta, como a todo el mundo, un periódico para defenderme a mí mismo... Y, a todas éstas, cuando podíamos reunir dos reales, tirándolos con mucha fantasía, para buscarlos en otra parte... ¡No, no, don Teodoro; yo no soy su madre, y tengo derecho a defenderme! A su madre precisamente le he escrito, que la debo mucho a la pobre señora; y me ha contestado que llevo la razón, que ahí tengo la carta en el baúl. Usted hará lo que quiera con sus hijos y su mujer; pero, yo...

TEODORO.—No, yo también... Y, si ayer no le han sacado diputado—que por lo que dicen los periódicos no se puede saber, que viene muy confuso lo de ese distrito—, yo acepto lo que me ofreció su hermano don Fermín: “El día que le falte a usted el pan con mi hermano, venga usted conmigo; y

hasta puede usted quedarse en Madrid, si le conviene, en la central que estoy estableciendo del Banco Agrícola.”

Doña PATRO.—El pobre remedia en lo que puede las fechorías de su hermano. Y usted, si le han hecho diputado, ¿se queda?

TEODORO.—Entonces, sí.

Doña PATRO.—Pues yo, menos; cualquiera le aguanta la fantasía. Es un hombre que mientras mejor le salgan las cosas más temible será. (Llaman.) ¡El! ¡Dios mío, cuando se vea sin muebles!...

TEODORO.—Yo, en cuanto le abra, me es cabullo. (Mutis derecha.)

ESOENA II

Doña PATRO, JUAN

JUAN (Derecha).—¡Eh! ¿Qué es esto, señora Patro; Patro, qué es esto?

Doña PATRO.—Un alguacil y un escribano; el prestamista, o lo que sea, que compró los muebles en la subasta judicial; que ya no pueden esperar más y que... ¡y que se los han llevado!

JUAN.—¡Canallas!

Doña PATRO.—Eso les he dicho yo...

JUAN.—¡Ah! ¿usted les ha dicho?...

Doña PATRO.—Y mucho más al escribano, que es ese de la barbita que tantas veces se ha encerrado con usted en el despacho, cuando era usted abogado; y después salía tan contento como si le hubieran dado dinero...

JUAN.—¡Oh, repugnante!...

Doña PATRO.—Que si el otro no esperaba; que si la venta era... irrevocable; que si usted, mejor que nadie, sabe las leyes... Que en el fondo, más que nada, es que usted se descuida, y no hace caso...

JUAN.—¿Descuido?... ¡Sí, sí! ¡Ah!, le ha salvado el que yo no estuviera aquí; créame usted, doña Patro...

Doña PATRO.—Ronca me he quedado de gritarles; pero, cuando vi la invencible, me caí en esa silla, que yo creo que por eso la han dejado, y vi cómo se los llevaban, igual que si se llevaran a uno de los míos pies pa delante.

JUAN.—¡Oh, oh! ¡Si no saliera diputado!... ¡Si me vencieran! ¡Las entrañas me desgarrarían esos buitres!... ¡Ah!, pero saldré, saldré, y mi persona será sagrada para esos perros, con quienes he vivido tantos años. (Preséntase Fermín por la derecha.)

Doña PATRO.—¡El hermano!... ¡Buena le va a poner!... (Mutis izquierda.)

ESCENA III

JUAN, FERMÍN

FERMÍN.—¡Oh!, llegó ya el desastre... ¿Sucumbiste tan pronto?... ¿Has resistido aún menos de lo que yo temía! Cerca de los cuarenta años, cuando los hombres han llegado a consolidar su situación, tienen casa, posición determinada y un camino recto que seguir; tú...

JUAN.—Aún no sabemos si esto es la derrota o un accidente del combate.

FERMÍN.—La derrota la llevas en ti; nunca ganarás batalla definitiva, que cada vez luchas con armas diferentes, y no hay vida para aprender a manejarlas todas. Pero, no quiero afligirte más; ¿quién se ha llevado tus muebles; dónde es posible rescatarlos?

JUAN.—No, déjalo.

FERMÍN.—¿Qué he de dejar? Dime.

JUAN.—Me los ha rematado Félix Martín, el prestamista que hay en el once de esta calle. (*Medio mutis derecha Fermín.*) Escucha, Fermín, escúchame; no quiero que vayas como quien va a redimir a un loco. Te juro, te hablo con lealtad..., no lo creerás tú, pero ¡he aprendido a vivir! ¡Quizás tarde! Pero, no..., no es tarde. Sí, tienes razón; es preciso concretarse, reducirse. Todas las noticias son de que me han elegido diputado. Seguiré en la política; llegaré... a donde llegue, pero no dejaré mi camino para emprender otro. Y en los afectos, igual; tú has visto cómo he seguido fiel a mi amor por Matilde Guerra y en varios meses en que ella se ha mostrado esquiva no he tratado sin embargo de sustituir el suyo por nuevos amores, y hasta creo haber logrado reconquistarla por entero, que la veo muy interesada en mi elección. Y eso que siempre me han dicho el Marqués y los demás amigos, y es cierto, que esa mujer constituirá para mí una rémora, un entorpecimiento. Ya ves, vuelvo sobre mi propia vida, Fermín; ya no soy el hombre exuberante en proyectos, que huye del bien que tiene para buscar el que supone.

FERMÍN.—Pero, ¿y si no te han elegido diputado?... ¿Todo eso se desmorona!

JUAN.—¡Oh! sí, sí.

FERMÍN.—¿Por qué sí? ¿Y si no?... ¿Qué vas a hacer? El rico era papá, y ya partimos su herencia. A la muerte de nuestra madre, nada nos quedará. ¿Qué harás, di?

JUAN.—No me atormentes con tu pesi,

mismo! ¿No hay que conceder nada a la buena suerte que nunca me faltó?

FERMÍN.—¡La buena suerte!...

JUAN.—Sí; no me ha de abandonar en este momento supremo, angustioso, precisamente cuando estoy arrepentido.

FERMÍN.—¡Arrepiéntete, amedrántate; así la lección te fuera provechosa! (*Mutis derecha.*)

JUAN.—¡Oh!, sería horrible...

ESCENA IV

JUAN, MARQUÉS. *Al principio, TEODORO*

TEODORO (*Por la derecha.*)—El señor Marqués de Benefarces.

JUAN. — ¡Ah! (*Precipitase derecha, volviendo abrazado al Marqués. Mutis derecha Teodoro.*) — ¡Otro abrazo, Marqués, otro abrazo! Usted no puede suponer... ¡Oh!, estoy... ¡No puedo respirar, ni hablar!... Perdóneme usted! ¡Marqués, Marqués!... ¡Diputado, diputado!

MARQUÉS.—Sí, hombre, sí; es usted diputado. ¡Pero, si eso debía usted tenerlo *scontato*, que se dice en la Ciudad Eterna! (Pues señor, por más que me esfuerzo, no veo los muebles por ninguna parte. ¡Esta vista mía, aunque me empeñe yo!...)

JUAN.—Siéntese usted, Marqués.

MARQUÉS.—No, si no venía más que a decirle a usted eso; que es usted diputado. (*Se sienta.*) Pero usted, ¿va a estar de pie?

JUAN.—Sí, sí...

MARQUÉS.—Amigo mío: se inicia para usted una era, eso es, una verdadera era, de poder y de riqueza.

JUAN.—¡Ah, de riqueza!...

MARQUÉS.—Vamos, vamos; yo soy de confianza, y conozco el sabio proverbio parlamentario que dice: "Cada acta vale un millón, y si es de oposición mucho más del millón." Yo, además, le aconsejo a usted que se meta en asuntos de Hacienda, que yo para la Hacienda le puedo proporcionar grandes pensamientos; un monopolio de los garbanzos... ¿Qué le parece a usted que el Gobierno monopolizara los garbanzos? ¿Ya casi nos los tiene monopolizados!... ¿Qué fuente de riqueza!, ¿eh? ¿Se usan más que las cerillas! ¡Ah!, y otra cosa; recargar los impuestos a los teatros... ¡Ya ve usted qué idea más original! Usted puede redondearse con la diputación, amigo mío; *l'arrondissement*...

JUAN.—Marqués, Marqués; si no fuera usted el que me dijese...

MARQUÉS. — Vamos, no sea usted niño.

¡Ah!, y si de pronto le hiciera a usted falta alguna cantidad...

JUAN.—¿Yo? ¡Qué locura!

MARQUÉS.—La Marquesa ha pensado que usted, quizás...

JUAN.—Pero, ¿por qué ha podido la Marquesa suponer?... Le aseguro a usted que mis tierras me proporcionan cuanto necesito.

MARQUÉS.—Es que aunque se tengan tierras; a mí algunas veces me ocurre... Los administradores se me retrasan...

JUAN.—Pues, a mí no... Y si de momento necesitase usted...

MARQUÉS.—¡Oh, por Dios!

JUAN.—Perdóneme, quizás he estado petulante.

MARQUÉS.—No, no, querido... Al contrario, ¡un rasgo admirable!... Se lo referiré puntualmente a la Marquesa..., sí. (*Levántase.*)

JUAN.—Pero ¿se marcha usted, Marqués?

MARQUÉS.—Sí, como usted no se sienta, me ha puesto nervioso; y, además, voy a comer, ya sabe usted que yo me alimento cada poquito, es una costumbre que se me pegó en el Asia Central. Pero, entre taco y taco, volveré a ver al ministro... Perdóne usted las conversaciones familiares que... ¡Pero en aquella casa se le quiere a usted tanto!...

JUAN.—¡Oh!, y yo a ustedes. Y, a propósito de familia, Marqués—usted perdone si soy indiscreto—, ¿cómo no se le ve a usted ya con su sobrino?

MARQUÉS.—¡Ah!, no me lo recuerde usted; fué un disgusto horrible, horrible... ¡Se echó una amante!... ¡Ya ve usted qué escándalo; un muchacho soltero! Y... ¡con una soltera! ¡Horrendo, horrendo! ¡No se podía temer más! Ahora me acompaño de un criado, no porque me haga falta, porque veo muy claro, sino para ir charlando con él. Pero, me lo he dejado en el perchero, es decir, en la antesala. (*Preséntase derecha Fermín.*)

JUAN.—Marqués: ha hecho usted conmigo... ¡un imposible! Y yo no soy de los que olvidan a Santa Rita cuando está logrado...

MARQUÉS.—¡Calle usted! Bastó que la Marquesa bailara dos rigodones con el Ministro de la Gobernación... No ha habido que recurrir a Santa Rita; ¡ya ve usted, con un par de bailes!... Si acaso, a San Vito. Hasta luego.

JUAN.—No; le acompaño a usted. (*Mutis Marqués derecha, Juan le acompaña. Queda en escena Fermín, y en seguida vuelve Juan.*)

ESCENA V

JUAN, FERMÍN. *Cuando se indica, Doña Patro. Al final, Teodoro.*

FERMÍN.—¡Abrázame! ¡Vaya, hombre!... No te puedes suponer qué cavilaciones...

JUAN.—¿Has salvado los muebles?

FERMÍN.—Sí, dentro de un par de horas los tendrás aquí.

JUAN.—Gracias, te lo agradezco, Fermín; pero, ¿lo ves, lo ves?...

FERMÍN.—Sí, sí.

JUAN (*Llamando.*)—Patro, señora Patro... ¡Qué verdad es! Dios aprieta, pero no ahoga. ¡Cómo me ha salvado, al borde!... ¡Todo resuelto, todo, todo! (*Sale Doña Patro, izquierda.*) Venga usted acá; soy diputado, diputado...

DOÑA PATRO.—Enhorabuena, don Juan.

JUAN.—Y por una de las cosas que más me alegro, es por conservarla a usted; que ya le puedo prometer seguridad y reposo.

DOÑA PATRO.—Muchas gracias, muchas gracias; pero no puede ser, señorito. Dispénseme usted, pero he quedado en ir a la casa de que ya le hablé a usted el otro día. Es una casa tranquila, muy a propósito para mí; una señora de edad, sola, y hay dos criadas...

JUAN.—¡Vamos, doña Patro...! Usted es que, como me tenía dicho..., ahora, por no dar su brazo a torcer...

DOÑA PATRO.—¡Ay, no señor; no tengo yo tanto amor propio! Y con usted menos, porque yo a usted le quiero, aunque parezca que no. Le quiero y ¡no puede ser!...

JUAN.—¡Caramba! ¿Por qué no? Tendrá usted aquí también dos criadas o criados, o lo que usted quiera.

DOÑA PATRO.—No, no, no, don Juan. He dado mi palabra, y soy castellana vieja.

JUAN.—Bien; piénselo usted. Yo no la doy por despedida hasta que usted se haya marchado.

DOÑA PATRO.—Muchas gracias; pero, está bien pensado, señorito. No puede ser. (*Mutis izquierda.*)

FERMÍN.—Pues, no es ella sola quien te deja, Juan.

JUAN.—¿No, quién?

FERMÍN.—Ahora, que ya tu asunto está resuelto, quiero yo también resolver el mío. Juan: me caso; y, aunque tú locamente perdiste el derecho a ella, es una mujer con la que quiero pedirte el permiso para casarme.

JUAN.—¡Adoración! Gracias; era para mí un remordimiento.

FERMÍN.—Y ¿quizás un arrepentimiento?

JUAN.—No, cástate tranquilo. ¡Más la mereces que yo! ¡Otros que me abandonan!...

FERMÍN.—Sí; pero no podrás decir que por egoísmo, pues, para apartarnos de ti, nos esperamos a que triunfes.

TEODORO (*Por la derecha.*)—Don Juan: ahí está la señorita, la señora Guerra. (*Mutis derecha.*)

FERMÍN.—Te dejo.

JUAN.—Ella; ella y mi triunfo... ¿Ves, Fermín? Se me prepara la vida que antes te referí. (*Fermín mutis izquierda Juan, derecha, saliendo en seguida con Matilde.*)

ESCENA VI

MATILDE, JUAN

MATILDE.—¿Cómo estás sin muebles?

JUAN.—Los sustituyo; los que había caecían de grandeza.

MATILDE.—No me habías dicho nada. Voy a tener el placer de darte yo misma la gran noticia que esperas: eres diputado.

JUAN.—¿También tú lo sabías? Pero, ¿por dónde lo sabes tú?

MATILDE.—Tenía rogado a Cruz que me enviase las noticias en cuanto en su periódico se recibiesen.

JUAN.—¿Te interesaba mucho?...

MATILDE.—Mucho. Tenía puesto en ello todo mi afán, sentía angustia, lo esperaba con tanta ansia como tú.

JUAN.—¡Sí, sí!

MATILDE.—¿Qué descanso para los dos!

JUAN.—¡No puedes suponerte!...

MATILDE.—Y otra ventaja que no esperabas tú; sin carga que te agobie.

JUAN.—¿Qué dices?

MATILDE.—Que voy a aliviarte del fardo que te pesa, y así subirás más aprisa.

JUAN.—Pero... ¡no te entiendo!

MATILDE.—¡No me has de entender!... En tu nueva posición política, soy para ti una carga, no sé si grata, pero carga al fin.

JUAN.—¡Pero..., pero, no creo lo que te oigo!

MATILDE.—Sí; soy para ti un peso, y yo deseaba con vehemencia que llegase el momento de decirte: Me separo de ti, para siempre, dejándote encumbrado, para que no puedas achacar mi resolución a los móviles rastrores a que los hombres gustáis de atribuir cuanto hacemos las mujeres; que he visto clara tu transformación...

JUAN.—¿Mía?

MATILDE.—Tuya, sí; que te has cambiado, como decoración de teatro, de enamorado en ambicioso político; que no soy mujer para gravitar sobre quien pone la vista en ella y el pensamiento en objeto que cree más alto; que maldigo mi suerte que me ha hecho casada con un hombre vil y enamorada de un hombre ve'idoso; y que, si un día pensé, por ti, que el amor de los hombres podía no ser vulgar, hoy para mí eres tú el más vulgar de los hombres todos. ¡Todo esto quería decirte, y hoy puedo decírtelo como pensaba!... ¡Mira si me alegraré de que te hayan elegido diputado!

JUAN.—¡Tú no puedes pensar eso que dices!

MATILDE.—Ah!, sí, lo pienso; y, lo que es más, lo siento.

JUAN.—Yo he sido variable, lo confieso—no para ti, que te he querido siempre;—pero hasta las variaciones aquellas han desaparecido.

MATILDE.—¡Contigo desaparecerán!

JUAN.—Pero... ¡aunque cambiase yo más que la cara de la luna, y hubiese mareas en mi espíritu!..., dime, ¿no conservo tu amor más allá de todo cambio?

MATILDE.—No; yo era para ti un anhelo y hoy soy una cruz sobre tus hombros.

JUAN.—Matilde; eres cuanto eras.

MATILDE.—La mentira sale fría de tu boca; no naciste para engañar. Tú dispusiste de tu alma para llevarla a habitar nuevos mundos; yo en los míos me quedo. actriz era y actriz seré; pasaste por mi terreno, volando de otro y hacia otro, nos hemos visto, nos perdemos de vista... ¡Ello tenía que suceder! ¡Sólo un instante podíamos coincidir! Dejo a mi viajero en buen puerto, y puedo negarme a emprender con él nuevas travesías... Puedes volar libre y ser paladín de toda clase de combates, pues en todos vences, apóstol de todas las creencias, que yo a mi arte me limito, y para él viviré como viví. Perdona si, irritada, te he dicho algo que haya podido ofenderte. ¿Quedamos amigos? (*Danse la mano.*)

JUAN.—¡Amigos!... ¡Qué frialdad de muerte pone entre nosotros esa palabra y este apretón de manos!

MATILDE.—¿Irás por el cuarto alguna vez?

JUAN.—Iré.

MATILDE.—Que lo hagas así, y hasta el teatro; será el único sitio en que nos veamos ya...

JUAN.—Y el único en que nos hemos debido ver siempre, ¿no es eso?

MATILDE.—Quizás; pero, ¿para qué pensar en los fantasmas pasados?... ¡Conténtate con los porvenir! (*Mutis derecha.*)

ESCENA VII

JUAN. *En seguida*, MARQUÉS

JUAN.—¿Se van?... ¡Me dejan! Y... ¡cuando triunfo!... ¿Por qué?

MARQUÉS. (*Dentro*).—Sí, sí; no me anuncie. Por aquí; ya lo veo. (*Sale derecha*.)

JUAN.—¡Oh! Marqués... ¡Mi salvador!

MARQUÉS.—¡Oh! ¡*salvatore!*... ¡No, no! *Lasciate ogni speranza...*

JUAN.—¿Qué dice usted?

MARQUÉS.—Dejad toda esperanza.

JUAN.—¿De qué?

MARQUÉS.—¡Ay, amigo mío! ¿Qué iba usted a esperar de un Gobierno que se ha atrevido a júbilarse?

JUAN.—Pero, ¿la elección?...

MARQUÉS.—¡Fracasada!

JUAN.—¿Qué?...

MARQUÉS.—Que en Cuadril de Abajo, en efecto, sacó usted seiscientos votos contra diecisiete... ¡Ya ve usted!... Y en las dos villas, también... Pero, hijo mío, los pueblos de lo alto de la Sierra, que son los que envían las noticias retrasadas, porque, ¡claro!, con las nieves siempre anda roto el telégrafo; pues de ahí nos han metido el embuchado, de la Sierra..., y ¡gordito! ¡Todas las secciones han volcado las cazuelas en contra de usted!

JUAN.—Pero eso es imposible.

MARQUÉS.—Esos pueblos, ya sabe usted... Nadie sabe escribir, más que el secretario; las actas van en blanco, y hasta a veces, para ahorrarle trabajo al pobre hombre, se hace todo en el Gobierno Civil, ¡firmas y todo!..., ¡eso es!...

JUAN.—¡Pero, si yo me he presentado bajo cuerda con el apoyo del Gobierno!

MARQUÉS.—Pues, bajo cuerda se lo han dado al otro, cuando les ha convenido. Por supuesto, que ha tenido que oír lo que le he dicho al ministro; pero él me ha contestado: "Ese muchacho es muy variable, es inconsciente."

JUAN.—¿Y aún me ha insultado?

MARQUÉS.—Le ha puesto a usted un mote: "El Buen Español". Ha dicho que, "así como el buen francés, o el ruso o el alemán o el inglés, es una cosa, y una cosa nada más, el buen español lo quiere ser todo, y por eso ninguno somos nada." ¡Yo siempre he dicho eso mismo!

JUAN.—Sí, sí; canalla... ¿Por qué me ofreció su apoyo: a mí, a mí mismo? Y me hizo

dejar... Yo, que empezaba a escribir entonces una comedia... ¿No se lo he oído yo a él, claro, terminante?

MARQUÉS.—Ellos ponen carne de cañón; y no porque un soldado muera se pierde la batalla. No le llame usted canalla; aún ha tenido con usted alguna consideración: me ha ofrecido para usted un destino.

JUAN.—Y ¿sabe él si yo lo quiero? ¡Nunca! De su mano... ¡Asco me daría!

MARQUÉS.—Dice que, como buen español, debe usted acabar en una oficina del Gobierno. ¿Qué es España sino una gran cochuela?

JUAN.—¿Y ha tolerado usted, a mi costa, esas flores de ingenio?

MARQUÉS.—No, le aseguro a usted que el destino se lo ofrecía de buena gana; no bromaba, no. Yo, ¡para las bromas!...

JUAN.—Dígame que se lo agradezco mucho; pero que no acepto. Y a usted también, Marqués le agradezco mucho...

MARQUÉS.—Yo, con toda mi alma... ¡Los afectos!... Mi casa seguirá abierta para usted lo mismo que antes: aunque los acontecimientos... ¡Ya usted me entiende!

JUAN.—¡Ahora sí que le entiendo a usted, Marqués!

MARQUÉS.—La Marquesa crea usted que refiré con el ministro; seguro estoy de que no baila con él más rigodones.

JUAN.—Sí, sí; gracias, Marqués, de todos modos.

MARQUÉS.—Pero, no se amilane usted: desengaños como éste los he visto yo en el Perú y en todas partes... (*Mutis derecha*.)

ESCENA ULTIMA

JUAN, FERMÍN. *Después*. DOÑA PATRO Y TEODORO

(*Fermín se ha presentado en escena por la izquierda, un momento antes.*)

FERMÍN.—¡Se han burlado de ti!

JUAN.—¡Ya ves! ¿Quién iba a creer que un ministro!...

FERMÍN.—¿Quién?... ¡Todo el mundo! Nos pasamos la vida viendo cómo les hacen estas cosas a los demás, y luego nos asombramos mucho, cuando nos las hacen a nosotros.

JUAN.—¡Claro!, ahora me dirás que era yo el equivocado.

FERMÍN.—Ya lo ves, radicalmente, irremediablemente.

JUAN.—¡Ya, ya! ¿Pensáis que cada cual

seguís vuestro camino y yo voy de uno en otro, sin llegar a parte alguna, y que, por hacer cosas distintas y muchas a la vez, he estado manoteando en el aire...

FERMÍN.—Exacto.

JUAN.—¿Y por eso todos me abandonáis?

FERMÍN.—Sí.

JUAN. — Pues no tenéis razón. (*Llamando.*) Patro, Teodoro. (*Preséntanse los dos, Patro por la izquierda y Teodoro por la derecha.*) No soy diputado ni soy nada. (*A doña Patro.*) La permito a usted, la mando que me deje; vaya a la casa de que me habló. Y usted, Teodoro...

TEODORO.—A mí me había ofrecido don Fermín, ¡como tengo hijos!..., que me fuera con él de escribiente, si llegaba un día en que usted no pudiera darme sueldo.

JUAN.—Ese día ha llegado.

FERMÍN.—Ahora el sueldo tendrá que tomarlo él, de mano de un ministro traidor

que le escarnece... ¡Digo!, si no le falta otra vez a su palabra.

DOÑA PATRO. (*Por Juan.*)—¿No tendrá usted ya posición?

FERMÍN.—Ninguna.

DOÑA PATRO.—¿Ni posibilidad de pensar en ser nada nunca?

FERMÍN.—Jamás.

DOÑA PATRO.—Entonces, yo no me voy; me quedo con usted. ¡Ya estaba yo muy vieja para correr aventuras!

JUAN. — No, déjeme usted; dejadme todos... ¿Consideráis mi vida rota, fracasada?... ¡Qué poco me conocéis! ¡No contáis con el Anteo que hay en mí, que adquiere nuevos bríos cada vez que le hacen caer en tierra!

FERMÍN.—Sí, déjelo usted; no tiene remedio. Volverá a ser esto y lo otro, y ya anciano será cuando acabe en la oficina, de oficial quinto.

TELON

Antonio Domínguez

En el próximo número se publicará la novela

SIRENAS

ORIGINAL DE

Vicente Díez de Tejada

PILO SUBLIMAR

El mejor remedio y el más fino perfume. Con su uso se evita y combate la Calvicie, la Tisa Pelada y las Canas. Venta: en Farmacias, Perfumerías y Droguerías.

Dirigid pedidos: A "Higiénica Española Colom" (S. A.)
Consejo de Ciento, 336, pral. Teléfono: A. 5336.—BARCELONA



Es un muñeco el arlequín,
un muñequito de cartón,
y la mujer lo hace bailar
a su placer y discreción.
Sujeto está a su voluntad,
a su esbeltez y a su hermosura
y esta la debe conservar
usando crema PECA CURA.

Jabón, 1,40; Crema, 2,10; Polvos color
moreno (siete matices) rosa o blanco,
2,20; Agua Cutánea, 5,50; Agua de Co-
lonta, 8,25. 5, 8 y 14 ptas., según frasco.
PEDID las lociones y esencias para el pa-
ñuelo serie "Ideal", perfumes: ADMIRABLE,
Rosa de Jericó, CHIPRE, Ginebra, Rosa, Va-
nilla, MIMOSA, Rocio Flor, ACACIA, Vértigo,
VIOLETA, Clavel, JAZMÍN, Muguet, SIN
IGUALES por su finura, intensidad y per-
sistencia. Esencia, 18 pesetas estuche; lo-
ciones, 4 y 5 pesetas, según frasco. Últimas
creaciones de

CORTÉS HERMANOS.- BARCELONA

Fábrica de corbatas

Camisas, guantes, - - -

- - - y otros de punto.

Elegancia, estilo y economía.

Precio fijo 12. CAPELLANES, 12. Precio fijo

UNA SEÑORA

ofreos comunicar gratuitamente a todos los
que sufren de: neurastenia, debilidad gene-
ral, vértigos, reuma, estómago, diabetes, tisis,
asma, neuralgia y enfermedades nerviosas,
un remedio sencillo, verdadera maravilla cu-
rativa, de resultados sorprendentes, que una
casualidad le hizo conocer.—Ourada perso-
nalmente, así como numerosos enfermos, des-
pués de usar en vano todos los medicamentos
preconizados, hoy, en reconocimiento eterno
y como deber de conciencia, hace esta indi-
cación, cuyo propósito puramente humanita-
rio, es la consecuencia de un voto.—Dirigir-
se únicamente por escrito a D. ^{Dr.}ermen T.
García, Salmerón, 167.—Barcelona.

OBRAS

de Augusto Martínez Olmedilla

que pueden adquirirse en la Administración
de «Los Contemporáneos».

El templo de Talía
Idilio trágico...
Siervo y tirano.
Los hijos.

Dónde hubo fue-
pe...
La ley de Malthus
Siempre viva.

Precio de cada una, 3 pts.

Los lectores de «Los Contemporá-
neos» que deseen adquirir alguna, la
recibirán franca de porte enviando
a esta administración, por cada to-
mo que soliciten, 8 pesetas en sobre
monedero, giro postal u otro medio
análogo.

SUMMIT

Tónico
nervioso

Utilísimo a los convalecientes.
Pedid prospectos.

El SUMMIT combate la Anemia, la Debilidad general, la Neurastenia, la Falta de Apetito, la Pérdida de la memoria, la Impotencia, la Parálisis, los Temblores, etc., etc.

Depositarlos: Gayoso, Arenal, 2. Madrid.
Segalá, Rambla de las Flores, 14. Barcelona.

SUMMIT

Tónico
nervioso

Hermosura del Pecho

*Desarrollo, dureza y reconstitución de los pechos
obtenidas en dos meses con las
Pilules Orientales*

Un busto de desarrollo normal y de formas armoniosas, unos pechos firmes y bien proporcionados hacen a la mujer hermosa, al revés de los pechos flojos y que caen, que alejan las miradas hasta de las más lindas.

Es pues una ventaja y una dicha la de poder ayudar a la Naturaleza para obtener el encanto tan codiciado de un busto perfecto.

Para llegar a este resultado las mujeres iniciadas emplean las Pilules Orientales que ya no tienen iguales para sus cualidades especiales bien conocidas para adquirir el desarrollo de los pechos o para devolver la dureza y las proporciones a los que las habían perdido en consecuencia de enfermedades o de mucho cansancio, y para dar al busto líneas agradables.



Dos meses son suficientes en general para llegar a estos resultados, y no son raros los casos en los que unas semanas bastan ya para adquirir un desarrollo notable.

Así escribe una señora:

"Hacen quince días que tomo las Pilules Orientales y con mucho júbilo puedo ver ya resultados verdaderamente maravillosos".

Y otra aún escribe:

"Un solo frasco de Pilules Orientales fué bastante para hacer desaparecer dos huecos que llevaba a los lados del cuello y para endurecer mis pechos que antes estaban flojos. Ahora poseo ya un busto que dá gusto a verle, cuando desesperaba ya de volver a ser como antes. Estoy entusiasmada en absoluto de estas Píldoras."

A demás de esto las Pilules Orientales poseen una acción muy beneficiosa sobre el estado general de la salud y pueden ser tomadas aún por las personas de constitución delicada. Como no contienen arsénico, ni otras substancias dañosas, pueden ser tomadas sin recelo. Desde generaciones ya, se cuentan por millones las mujeres y las muchachas que deben a estas Píldoras la hermosura de su pecho y que les son pues muy agradecidas.

Algunas píldoras para tragar cada día y nada más, y este tratamiento muy fácil puede ser seguido en secreto.

J. RATIÉ, farmacéutico, único preparador, 45, rue de l'Echiquier, París.

Un frasco con instrucciones se remite por correo enviando, 7,50 pesetas en libranza o giro postal a Viuda de Cebrian y Cia, Laurja, 26, Barcelona.

De venta en Barcelona: Farmacia Oliver, Hospital 2, y demás farmacias, en Madrid y otras ciudades. En todas las farmacias y droguerías de la América Central y del Sud.